

La Pluma

AÑO II.

MADRID, SEPTIEMBRE 1921

NÚM. 16.

DISPARATES

EL ARTÍCULO QUE HIZO DORMIDO



El escritor se había levantado tarde. La noche anterior había estado hasta las diez de la mañana de su hoy. Es decir, un lío de horas, de tiempo y de sintaxis.

El escritor veía ya una especie de atardecer precoz, como si en su mañana hubiese un eclipse de sol. Se había levantado más tarde que ningún día; pero es que después de haber ultimado otros trabajos, no había querido dejar de hacer su artículo diario, el artículo que llevaba todas las mañanas el «botones» a la portería del periódico.

Después de almorzar con lentas maneras, aprendiendo poco a poco los movimientos de siempre, reponiéndose como el que resucita, leyó los periódicos del día, que se da el caso sorprendente de que son nuevos, enteramente nuevos cada día.

—¡Parece mentira!—se decía el escritor ya tan avezado a los periódicos, cuando cada día abría los diarios y los veía nuevos, recientes, originales. Es que tenía alma de escritor, de periodista, de enamorado, es decir, de hombre que encuentra nueva cada día la mujer de todos los días.

LA PLUMA

—Bueno, ¿y qué artículo envié yo ayer a mi periódico?—se preguntó de repente, un poco sobresaltado.

No daba con él en su memoria. Miraba a todos lados buscándole. No estaba ni en las estanterías, ni junto a aquel jarro azul, ni junto a aquel cuadro, ni junto a nada.

Estaba vacío de la idea de su artículo de la noche anterior. ¿Cómo principiaba? ¿Qué mayúsculas, imitando la imprenta, escribió en su título...? Nada. No podía dar con lo que fuese.

«Es que estaba casi dormido... Más rendido que nunca, sin aliento ya», se dijo el escritor, pensando en cómo con los ojos apagados supo guiarse por las cuartillas llenas de luz.

Recordaba haber mirado mucho, como el que quiere entender lo que no entiende, lo que otra mano iba escribiendo. Apurado, deseoso de que saliese el artículo para acordarse, tirando de su alma como de la mano de un niño que no quiere andar, acabó el artículo sonambúlico que no sabía sobre qué trataba.

Inquieto, esperó la noche para ver el periódico, y en cuanto lo oyó vocear muy a lo lejos—alcanzando su oído más lejos que nunca—lo mandó comprar.

«Ya es irreparable... Lo que haya hecho estará en él—pensaba—, y está ya en manos de todos...» Confiaba en su alma, en la que había un mecánico raciocinio capaz de escribir un artículo en medio de la catalepsia, y confiaba que si se había equivocado y dormido mucho, saliese una pura errata inacabable, cuantiosa, desparramada por todo el artículo.

Por fin, ya con el periódico en la mano, abrió sus hojas con desgarrado gesto. Buscaba el epígrafe de todos los días. No lo encontraba. Quiso abrir sus hojas en dos, o sea en cuatro páginas, como si pudiese esfoliar como una lámina de cartón. Sólo al repasar por tercera vez el periódico encontró su artículo... Se titulaba: «Hora de justicia...» «¡Arreal!»—exclamó el escritor.

«Ese escritor de la crápula, ese gran zangolotino, de cerebro pesado como el de la vaca, de carne de panza de reptil...», leía el escritor asombrado, detrás del verdadero nombre y apellido del aludido. Así continuaba todo el periódico.

El escritor nervioso, indignado como ante una inmensa imprudencia, se dió un golpe con la cabeza en la mesa y se quedó con esa apariencia de muerte inanimada de los polichinelas cuando se les cuelga, cuando se les deja en cualquier sitio desemperchados del brazo que los movía.

Le sacó de aquella postura que adoptó por no recriminarse y no pen-

sar más en el estropicio, la llamada del timbre. Abrieron y la muchacha anunció: «Dos señores que habían dicho que tenían que ver irremisiblemente al señor.» El escritor se dió cuenta de lo que aquéllo significaba, y cuando decía que «ahora mismo voy...» se oyó de nuevo el timbre.

—Vaya usted y diga a esos otros dos señores que indudablemente han llamado, que pasen también y que me esperen en otro cuarto... Esta noche van a venir unas diez o doce parejas de caballeros... Vaya usted pasándoles a todos a distinta habitación, y si coinciden demasiados, a los últimos que lleguen les pasa usted hasta a mi alcoba...

En efecto, toda la noche estuvieron llegando caballeros en pareja y el escritor a todos les contó el caso de su sueño. «Ahora bien, si ustedes o su representado insisten, yo estoy pronto a responder de mí, aun habiendo cometido el atentado en ese estado de sueño». Nadie volvió y al día siguiente el escritor escribió un artículo de rectificación que titulaba: «El artículo que escribí dormido».

EL DISIMULADO BARBA AZUL

En el despacho del hombre de la barba de tenor, cuando el tenor se maquilla para los papeles de mayor seducción varonil, esa barba puntiaguda, pretenciosa y falaz, que tan antipática es, todos eran libros hinchados, grandes tomos de lomo tirante, bruñido, duro, con morbidez de talón de zapato nuevo.

En aquel despacho no entraba nadie. Sólo él se paseaba por entre los libros de lomo grueso y burdo, en los que había pegadas etiquetas en las que sólo había escrito un nombre de mujer:

Margarita Pares.

Carlota Bernálnez.

Carmen Román.

Julia Ucera.

Lolita Merode.

Patrocinio Ubierna.

Paulina Serós.

Etcétera, etcétera.

Entre esas cuatro librerías que llegaban a la altura prudencial en que podía coger un libro su mano, se pasaba sus horas de recordación, sus sobremesas peripatéticas que duraban desde la primera comida a la última.

Su barba cana, insensiblemente cana, conservaba ya apenas las últi-

LA PLUMA

mas manchas del último teñido. Se había dejado de teñir porque su barba teñida en contraste con su rostro pulido y envejecido, daba a su fisonomía un tinte de esquila de defunción.

Ya cansado, sin fuerzas para más, invertía su último interés en la vida en conservar su disimulo y en abrir de vez en cuando alguno de aquellos libros simulados y repasar historias que no había olvidado. Recordaba las vidas de aquellas mujeres cuyo nombre aparecía en el lomo del libro como novelas que hubiese repasado con mucha frecuencia y hubiese leído por primera vez con la luz de la mejor lámpara.

Porque este hombre de la barba de tenor deslucido había sido el mayor barba azul del mundo e iba a morir impune, habiéndolo hecho muy bien, con las cenizas de los cadáveres que había quemado en la cocina de su hotel, guardados en aquellos librotos de lomo formidable con las venas hinchadas.

Cada libro simulado de su biblioteca era un ataúd, limpio y breve, de una de aquellas amadas que mató.

—Ante todo la clasificación... No hay nada como una buena clasificación—solía decir en cualquier parte a propósito de cualquier cosa el barba azul de los libros simulados.

YO SOY TU ESPOSA

Era la hora en que todos salían del teatro. Era la hora que es cuando el esposo va más con su esposa. Pasaban en parejas aferradas.

«Y esta noche en que no va a quedar nada en la calle, yo solo», me decía yo.

Iba hacia una amante que es algo más verdadero que una esposa, algo de lo que no queda en la esposa; pero no tenía una esposa con la que ir sintiendo la tragedia común camino del piso adornado por el Bazar de la Unión conyugal.

Cuando de pronto me vi cogido del brazo.

—Soy tu esposa—me dijo—. Vamos de prisita a casa.

Los letreros de las peluquerías que es lo que más se ve y se deletrea cuando se va con la esposa, se destacaban ante mí con claridad pasmosa. Tenía verosimilitud mi esposa. Iba arropada en un cuellecito de piel. Se escondía en una mancha oscura como una verdadera esposa. Además pisaba sobre los talones para dar más verdad a su tipo.

—Bueno: ¿y dónde está la casa?—pregunté yo, ya un poco cansado de la caminata.

—Ya estamos... Llama a Pepe...—me dijo mi esposa.

Yo grité.

—¡Pepeeee!—reforzando con las tres eee de los serenos la e final de Pepe.

El sereno vino y me dijo dándome la cerilla:

—Ya era hora de que viniese el señorito.

La larga cerilla del sereno daba una autenticidad innegable a la escena. Mi esposa era tan real, que proyectaba una gran sombra escalonada sobre la escalera.

Pero lo raro era que yo encontraba cierta naturalidad en lo que estaba pasando. Sucedió tal como yo lo había previsto. Todo lo que sucede en el matrimonio; todo lo que hubiera sucedido en mi matrimonio.

Hasta tuve la coquetería matrimonial de cansarme en la escalera, de ir despacio, dejando que ella subiese delante, sin ninguna impaciencia.

Sonó la campanilla de la casa, porque yo era un pobre marido de casa con campanilla, y salió a abrir la criada parecida a la que me llevó en brazos.

El recibimiento era el esperado, y un bastón que tuve alguna vez estaba en el escopetero de los percheros.

Todo se realizó como se tenía que realizar en un matrimonio al parecer antiguo.

—Bueno, hasta mañana—dije yo, volviéndole la espalda, sin tocarla apenas, después de darla un beso casi fuera de la mejilla.

EL ATROPELLO MÁXIMO

A eso de las nueve cogí el camino de mi casa como todos los días. Iba a cenar. Llegué, la puerta se abrió con la facilidad de todos los días y vi el comedor ya encendido.

Los siete cubiertos de mi familia brillaban con el frío de la vajilla limpia y preparada. Sus brillos eran desoladores en la impaciencia de verles llegar a todos, pues ya a esta hora todos solían estar todos los días congregados en la mesa.

—¿Qué les habrá pasado?—me preguntaba mirando el ojo de buey del comedor, blanco, lívido, con soñanza en sus horas.

—¿Han echado el periódico?—pregunté.

—Sí, tome—me dijo la doncella cogiéndolo de encima de una silla.

Yo lo extendí y cubrí con él los platos fríos como el hambre destartada y vacía.

Me entretuve en unos versos, libé el poco jugo de una crónica, repasé lo que había del extranjero, leí la sesión del Congreso, me manché en

LA PLUMA

un anuncio de grasas para camiones, hasta que di con la sección titulada «Los automóviles» y en la que se relataban los atropellos.

Siempre voy a esa sección como con el temor de ver que he resultado yo mismo el atropellado.

No di un grito porque eso no pasa sino en las comedias y en las novelas, pero produjo un gran ruido de apretujamiento del papel, de empuñamiento del diario.

¡Las cinco personas de mi familia habían sido atropelladas en distinto sitio aquella misma tarde por automóviles diferentes!

¡Todos de pronóstico grave!

EL CALVOROTA

El periódico a través de los días es monótono aunque sea imprescindible. Los corresponsales dan generalmente las buenas noches o los buenos días en esos telegramas que se reciben en rachas de cuatro.

Estábamos aquella noche tranquilos. Algunos compañeros recortaban cuartillas con minuciosa aplicación y hacían un encaje de líneas admirable.

El reloj tenía el son escéptico que tiene en las redacciones.

El conserje entró a avisar que un señor quería hablar con todos urgentemente.

—¿Con todos?

—Sí, con todos...

—Pues que pase—dijo el director.

Todos esperamos ver pasar al señor que quería hablar con todos. Los que estaban haciendo sus calados con las largas tijeras se quedaron perplejos, las tijeras aun en sus dedos abiertas y como las orejas aguzadas y atentas del conejo de la atención.

Una reluciente calva apareció por entre la cortina de la puerta. Aquella cosa blanca, brillante, pulidísima nos dió cierto pánico en el primer momento. Parecía que la muerte venía por todos.

¡Ah! Pero no; la calva de la vida tiene siempre carne encima, grasa, opulencia. La flacura de la calva de la muerte no tiene comparación.

—Señores—dijo el calvo dirigiéndose a nosotros—: en la edición de hoy han publicado ustedes una caricatura sobre los calvos que ya es de una insolencia inaguantable... Vengo a que uno de ustedes, el de más pelo, se desafíe conmigo... Ese anuncio-caricatura ha hecho reirse a mi esposa de mí, ya sin poderse aguantar como me ha dicho ella después de haber llorado al verme enfadado... Durante quince años de matrimonio ha visto muchos anuncios contra la calvicie, muchos dibujos de

contraste entre un hombre con pelo y otro sin él, hasta algunos chistes; pero ninguno tan irresistible como éste...

—Usted comprenderá—le dijo el director—que el responsable de esa caricatura es el anunciante... A nosotros se nos envía desde la administración el aviso de inserción y tenemos que insertarla...

—No han debido publicarla aunque se la envasen... Además, ustedes comprenderán que un industrial que anuncia específicos para hacer crecer el pelo, es un estafador,.. Durante diez años he estado yo usando todos los que se han anunciado en los periódicos de Europa y he pescado con ellos un reuma cerebral terrible y yo creo que si me ha crecido el pelo ha sido del revés hacia dentro en una horrorosa melena que me llega hasta los talones, pero por dentro...

A todos nos daba risa aquel hombre, pero nadie se atrevía a reirse.

—Es inaguantable su caricatura de hoy... En la oficina, en el círculo, en todos lados he notado la popularidad de su periódico por como me han mirado sonriéndose... Yo necesito desafiarme con... aquél—dijo señalando al que más figura de poeta tenía, a Enrique, con el pelo crecido y rizado...

—Bueno: ¿y sus padrinos?—preguntó Enrique...

—Mis padrinos vendrán ahora mismo... Son dos amigos calvos... He venido yo antes que ellos porque quería darles las razones que me asisten y discutir el principio de la ofensa contra la que ya sabía yo que iban ustedes a argüir... Las caricaturas de los anuncios últimos de ese específico ya me habían hecho temer que eso iba a llegar a lo inadmisible... Ya lo de: «¿De qué queso?», en que el mozo del restaurante, con un queso en la mano, hace esa pregunta a dos «cocottes» junto a la mesa de un hombre perfectamente calvo, era de una burlovería que sólo estaría justificada en el caso de que no hubiese calvos en el mundo...

El conserje interrumpió al gran calvo, anunciando dos señores.

—Son ellos—dijo el calvo—. Ahora somos ya esos tres calvos que figuran en esa otra caricatura que también han publicado muchas veces y que, inclinados sobre una mesa de billar, miran atentamente la posición dudosa de las bolas... Nombre usted sus padrinos y despachemos esta misma noche el asunto...

Enrique me nombró a mí y a Lastras sus representantes, y pasamos al despachito de recibir a hablar con los otros dos calvos.

Estaba más iluminado que de costumbre el oscuro gabinete, gracias a las dos calvas relucientes, calvas de hombres de mundo, grandes, estupendas, de un wattio por lo menos.

Se planteó el debate de la ofensa y no tuvimos más remedio que acceder. Sus calvas, llenas de dignidad, daban un gran empaque a sus



LA PLUMA

palabras. No había derecho realmente a meterse con tan solemnes emi-
nencias.

Se trató del arma a elegir.

—El sable usted comprenderá que no puede ser aceptado por un cal-
vo—dijo uno de los padrinos—. Está en terribles condiciones de inferior-
idad, porque si le cae el sable sobre la calva puede muy bien abrirle la
cabeza de un modo insoldable, por no encontrar resistencia ninguna
en ella.

—Pues entonces la pistola tampoco—dije yo—, porque el blanco que
ofrece el calvo sería terrible...

—Tampoco la pistola, y en vista de eso será la espada el arma de
combate...

Todos los demás detalles se ultimaron y en la madrugada ya salía-
mos en dos coches como un grupo de juerguistas camino del campo
del honor.

El espectáculo iba a ser interesante, pues se iba a dilucidar comple-
tamente en serio la más pesada de las bromas. ¡Lo que son los hombres!

En la carretera, a aquella hora, ni pájaros había. La luz del alba iba
a orientar las espadas hasta el corazón en una herida sutil, recta y segura.

Los dos adversarios frente a frente, hubo un incidente previo: el cal-
vo, al quitarse el sombrero de copa, había aparecido como demasiado
desnudo para estar a la intemperie, como sin calzoncillos ni camiseta,
y nos había dicho sacando un gorrito negro de un bolsillo:

—Ustedes me permitirán que me cubra, ¿no?

Debatimos el caso y se lo consentimos.

Al verles dispuestos al asalto, tomó el pugilato el sentido de una lu-
cha en que parecía que el calvo tratase de apoderarse del pelo de En-
rique.

Se hicieron el saludo, un saludo sin etiqueta por parte del calvo por
estar cubierto mientras hacía ese saludo, que es el saludo más fino, más
puro, más digno, más limpio que se hacen los hombres.

Las tazas de las espadas comenzaron a sonar como timbres. Parecían
llamar a los guardas jurados o a la guardia civil.

Los padrinos del calvo, los dos calvos, seguían sin impasibilidad el
desafío y hacían gestos extraños y como imitativos con el bastón, pues
ellos también se sentían los ofendidos.

Por fin se oyó un grito y vimos caer a Enrique, atravesado de parte
a parte como si fuese mentira, como si hubiese llevado preparada esa
otra media espada que les sale a los «clowns» por la espalda cuando ha-
cen que les clavan la espada que se encoge.

Nuestro amigo había muerto instantáneamente y por eso el ¡adiós!

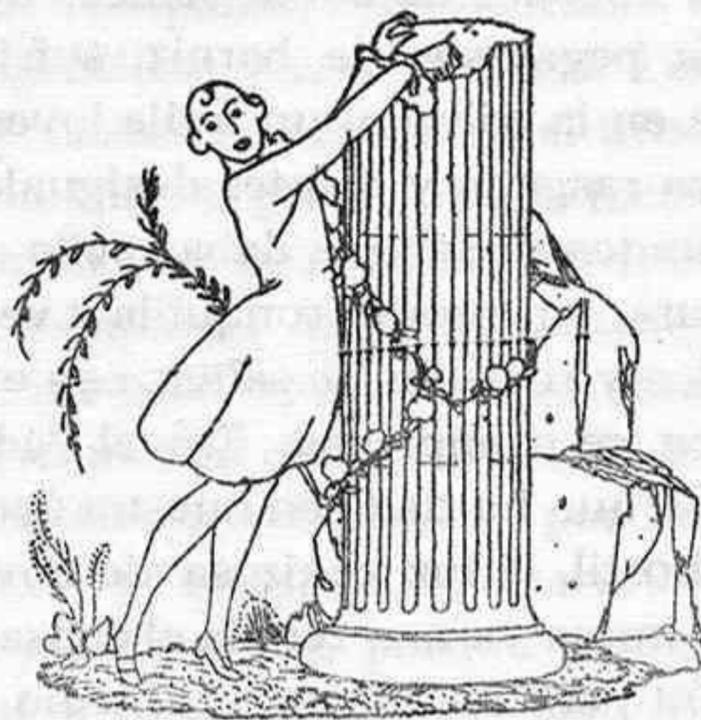
que habíamos creído oír llegó a nuestros oídos tarde, como retrasado, como lanzado desde detrás del horizonte.

Todos nos quitamos el sombrero como se hace en estos casos. Los padrinos calvos y el mismo matador lucieron con gran compunción sus calvas venerables, y como bajaban la cabeza, agobiados por la desgracia, parecían sus calvas sus rostros informes, los rostros sin dibujar y sin modelar...

Y en aquella gran seriedad de la hora y del suceso vimos lo milagroso, que las tres calvas se fueron cubriendo de pelo, como si la muerte del burlón melenudo hubiese compensado sobre el mismo terreno su falta capilar. Al reconquistar el honor de sus cabezas por un acto así habían conseguido restaurar el pelo perdido.

En vista del nuevo fin trágico en que se habían metido, la Naturaleza ejemplarizada les devolvió el pelo que les había tomado.

RAMÓN GÓMEZ DE LA SERNA





EL JARDÍN DE LOS FRAILES

I

LA primera vez que oí hablar de los Schlegel fué en El Escorial de Arriba, una tarde de otoño, hace ya veintitantos años. No eran pasto de la murmuración del vecindario de San Lorenzo: se hablaba de ellos en una sala baja, fría, donde un par de docenas de adolescentes, de codos en los pupitres de pino todavía pegajosos de barniz, sufríamos la iniciación literaria. Encaramado en la tribuna, un fraile joven, quebrado de color, escuálido, de boca rasgada y dientes desiguales, nariz aguileña y ojos saltones entreverados de sangre, daba suelta a su elocución caudalosa. De voz insegura, tan pronto ronquilla y velada como chillona y metálica, entre gallos y rociadas de saliva, con el tropel de palabras que le salía de la boca, se trompicaba. Era el Padre Blanco, uno de los brotes más lozanos que ha dado en nuestra época el añoso tronco agustino. En el aula hostil, la luz cenizosa de noviembre pesaba en los párpados. A tales horas ya nos rendía el cansancio cotidiano. Esforzábamos la atención para no sucumbir al tedio o al sueño. La lección del Padre Blanco era, no obstante, soportable como ninguna porque hablaba de cosas inteligibles y amenas cuya inserción con nuestra sensibilidad personal veíamos patente. Teníanle los suyos por crítico literario de primer orden, y ponderaban su arremetida con-

tra *Clarín*, para los frailes arquetipo del impío. Dentro y fuera de clase era el Padre Blanco parlanchín y burlón. Los estudiantes le llamábamos fray Sátira. Andaba casi a brincos; cada ademán, una sacudida. Empezaba a toser; ardía en sus pupilas la calentura. Murió algunos años después, creo que en Jauja. Su *Historia*, que nunca nos dieron a leer, no vale tanto como pensaban.

Nuestra preparación de bachilleres, si juzgo por la mía, era modesta. El que más, recitaba de coro páginas del Campillo. Yo había cursado ese librito en mi colegio de Alcalá y conservaba en la memoria algunas de sus nociones más sólidas: «¿Qué son tropos? Formas figuradas de hablar.» O bien: «Criticar es aplicar los juicios de la sana razón a las obras literarias y artísticas.» Campillo fué uno de esos catedráticos zumbones, amigos de ensañarse con los alumnos haciendo chistes a su costa. Era exigente, y, como decían, cleróforo; al verle en la comisión de exámenes, los alumnos del Colegio de segunda enseñanza se helaban de espanto. Pero los frailes le amansaban a fuerza de comidas pantagruélicas y vino sin tasa. Tomábase Don Narciso licencias increíbles. Una tarde, sentado en el tribunal, como le doliese un callo, se quitó una bota, la puso sobre la mesa, extrajo del bolsillo una navaja, y recortado un pedazo de cuero en la parte que le laceraba, se calzó tan campante. Andando el tiempo, alcancé a Campillo en el Ateneo, donde tuvo apestosa fama. Era un andaluz procaz, de ingenio pronto, fecundo en chocarrerías. En la biblioteca de la casa hubo un ejemplar de *La Regenta*, famoso por las notas que Don Narciso le puso al margen. El ejemplar desapareció, ni sé si por decreto de un bibliotecario pudibundo o porque algún bibliómano curioso lo haya guardado para sí. Dos hijos que Don Narciso tenía no heredaron la vocación literaria de su padre: tal vez los Reverendos Escolapios de Alcalá, a cuyas aulas fueron a cursar la segunda enseñanza, suscitaron en ellos otras inclinaciones y se dedicaron a barristas.

Mis condiscípulos, sin tener más afición que yo, no estaban me-

LA PLUMA

jor preparados. Ignoro si llevaría alguno en el colete el mismo fárrago de lecturas desordenadas que perturbó los albores de mi adolescencia. Sólo sé que estudiar leyes me parecía el suicidio de mi vocación. El tiempo sólo a medias me ha desmentido. Las novelas de Verne, de Reid, de Cooper, devoradas en la melancólica soledad de una casona de pueblo, ensombrecida por tantas muertes, despertaron en mí una sed de aventuras furiosa. Amaba apasionadamente el mar. Soñaba una vida errante. La primera vez que me asomé al Cantábrico y vi un barco de verdad, casi desfallecí de gozo. Me sucedía lo que a los niños de ahora les ocurre con el cine: ellos quieren ser Fantomas como yo quise ser el capitán Nemo. Esa enfermedad se pasó pronto; me libré de ser pirata; no ha habido disciplina ni conveniencia capaces de doblegarme a ser jurista. Leía, pues, sin previa censura. Cuantos libros de imaginación hallé guardados en la librería de mi abuelo: Scott, Dumas, Sue, Chateaubriand, algo de Hugo, traducidos, y sus secuaces españoles, los devoré con manifiesto estrago de mi paz interior. Recuerdo haber vivido entonces en un mundo prodigioso. De esa prueba, que me sirvió para entender la locura de Don Quijote, salió encandilada mi afición precoz a leer de todo. El Padre Blanco la conocía. Quiso enmendar mis gustos y me dió a leer a Pereda. Era lectura lícita y la alternábamos con los folletines de Rocambole recibidos a escondidas. Dióme más adelante *Pepita Jiménez*. Me aburrió

—Es natural—dijo el Padre—. Hay que estar muy versado en los místicos españoles.

Fuera de esos regalillos, en punto a lecturas, nos tenían en seco. Reducíase la historia literaria a las páginas del libro de texto, grueso tomo, con nociones preliminares de estética, traducidas o adaptadas de Levêque: «La gota de rocío suspendida de los pétalos del lirio, el puro y casto andar de la doncella, la inmensa masa del oceano agitada por la tempestad...», decía el libro para empezar a inculcarnos la noción de lo bello. El Padre Blanco, oyéndonos decorar entre riso-

tadas tales sandeces, se impacientaba. El mismo Padre rigió aquel año la cátedra de Historia de España. Leíamos la obra de Ortega y Rubio, bondadoso señor, enemigo irreconciliable de Felipe II. No he olvidado algunos rasgos de su estilo: «Felipe II desembarcó en Inglaterra, bebió cerveza, fué galante con las damas, y se captó las simpatías de los ingleses.» Hablaba también de su «mano de hierro». El libro tenía entonces dos tomos; ahora, muchos más. O la materia o el saber del autor engrosaron con los años.

Para acabar de formarnos el espíritu estudiábamos un libro de filosofía, parto de un profesor de Barcelona, almacenista de bacalao, que en los ratos de ocio producía metafísica. Ortodoxia pura.

—Vamos a ver, jóvenes—interrogaba el fraile—. ¿Qué es la Verdad de conocimiento?

—*Adequatio intellectus et rei*—respondíamos con aplomo.

Nunca he vuelto a pisar terreno tan firme.

Cúpole iniciarnos en el tomismo al Padre C., montañés, de poca talla, locuaz en demasía, un tantico suspicaz y marrullero. Voz aguda, ojos claros, y en los labios finos, remuzgos fugaces de desdén o de ira. Listo como el hambre, el único fraile «señorito», a lo que creo, de seguro el más sociable. Tenía gracia para hablar a las señoras. El Padre C. era mejor jinete que metafísico. Poseía el Colegio una cuadra de seis u ocho caballos, picadero y guadarnés bastante bien puestos. Algunos estudiantes tenían montura propia. Cuadra, picadero y guadarnés entraban en la superintendencia del Padre C. Allí pasaba los grandes ratos cabalgando en la *Peonza*, yegua alazana, de pura sangre, nerviosa y fina, que a pocos se les podía confiar. Las tardes de paseo montaba en la yegua, y calada la teja, remangados los hábitos sobre el sillín, al viento la muceta y la cogulla, salía por las puertas falsas seguido de los alumnos de equitación, soberbio en el animal que se encabritaba, y se iban a galopar por las carreteras de Guadarrama o de Valdemorillo.

LA PLUMA

Comentarios sobre los méritos y gracias de la *Peonza* entreveraban (no siempre ha de estar el arco tenso, recomienda Esopo) la clase de metafísica. La *Peonza* servía de comodín en la hermenéutica.

—Eso—explicaba el Padre—es como si pensásemos una *Peonza* con ocho patas... ¿entienden? Eso... ¿entienden...? Es como si yo les dijese: la *Peonza* es verde y amarilla...

El Padre C. quedábase a lo mejor absorto, de codos en la mesa y el rostro entre las manos. No bastaba nuestra algazara para despabilarlo. Nos tiroteábamos con libros y boinas. Algunos encendían a hurtadillas un cigarro, batiendo el aire con furia para disipar el humo. Los días muy fríos, un pelirrojo del diablo solía bajar un frasquillo de alcohol, y derramándolo en la tarima entre dos filas de bancos, prendíalo fuego. Sus vecinos se apretujaban disputándose el sitio para acercar a la llama los dedos ateridos.

MANUEL AZAÑA

(Continuará.)





ALEGORIA DE LA JUVENTUD

I

*Sobre el polvo, bajo el sol,
zapatetas!
Ellos—los hombres ecuanimes
del mañana—bailotean.*

II

*¡Alarida desgarrada!
(sin doncellez las doncellas)
galopan virilidades
de centauro por la selva.*

III

*Las hojas, bajo el estupro,
crujidoras, vociferan.*

IV

*La adúltera hace de potro,
y el fauno niño se adiestra.*

V

*Jugo tibio de las viñas:
contorsión y zapateta!*

VI

*Juventud: salto, berrido,
lumbre, coito, risa, befa!*

OTOÑO

*Maciza realidad: desnudos sólidos—
enjutas ubres y caderas sobrias.
Las lavanderas en el río angosto,
sus carnes ávidas, de miel, remojan.*

*Es el otoño. Los vendimiadores
con pámpanos jugosos se coronan.
En sus desnudos cálidos, de bronce,
brinca la violación ruda y gustosa.*

*Un relincho—evohé—restalla—fusta
de sol—sobre unos senos, que se erigen.*

*Y un recio trote de centauro anula
el gutural quejido de la ex-virgen...*

ESTAMPA REMOTA

*Sobre el polvo luminoso—
meditativo, taciturno, Adán.*

*Las cosas están sin nombre.
El no los puede articular.*

*La Creación es mito tierno,
sin realidad ni eternidad.*

¡Palabra, lumbre!

*—De tu verbo
ha de fluir la vida, Adán.*

¿Y la Varona?—

*sobre el césped
sonrie, acaso—¡acaso!—ya.*

*Y se agudiza en sus pulposos
pechos, bajo un sol sin cuajar
irónicamente la astucia:
pezón de la feminidad.*

JUAN JOSÉ DOMECHINA



ESTAMPA REMOTA
PÁGINAS INACTUALES

GUERRAS ENTRE CRISTIANOS Y MOROS

S EÑOR infante, dijo Julio, de las guerras que son entre los cristianos et los moros non vos fablé ninguna cosa por razón que los moros non caen en comarca de los emperadores nin han guerra con ellos; mas pues queredes que vos en ello diga lo que ende sé, facerlo he muy de grado. Señor infante, la guerra de los moros non es como la de los cristianos; también en la guerra guerreada como cuando cercan o combaten o son cercados o combatidos, como en las cabalgadas et correduras, como el andar por el camino o el posar de la hueste, como en las lides, en todo es muy departida la una manera de la otra; ca la guerra guerreada fácenla ellos muy maestramente, ca ellos andan mucho et pasan con muy poca vianda, et nunca lievan consigo gente de pie nin acémilas, sinon cada uno va con su caballo, también los señores como cualquiera de las otras gentes, que non lievan otra vianda sinon muy poco pan et figos o pasas o alguna fructa, e non traen armadura ninguna sinon adaragas de cuerpo, et las sus armas son azagayas que lanzan, espadas con que fieren, et porque se tienen tan ligeramente pueden andar mucho... Et a la entrada entran muy

encubiertamente et muy apriesa; et de que comienzan a correr, corren et roban tanta tierra, et sábenlo tan bien facer, que es grant maravilla, que más tierra correrán et mayor daño farán et mayor cabalgada ayuntarán doscientos homes de caballo moros que seiscientos de cristianos.

...Cuando han de combatir algunt lugar, comiéndanlo muy fuerte et muy espantosamente; et cuando son combatidos, comiéndanse a defender muy bien a grant maravilla; cuando vienen a la lid, vienen tan recios et tan espantosamente, que son pocos los que non han ende muy grant recelo; et si por sus pecados los cristianos toman miedo et non saben sufrir el su roido et las sus voces, et muestran algún miedo o espanto, o se comienzan a revolver et andar en derredor et metiéndose los unos por los otros, o haciendo qualquier muestra o continente de miedo o espanto, entiéndengelo ellos muy bien et danles tan grant priesa de voces et de roido et de feridas, que non se saben poner consejo los cristianos; et si por los sus pecados comienzan a volver las espaldas et a foir, non creades que non ha home que vos pudiere decir cuál manera han et cómo facen grant mortandad et grant daño; et non creades que los cristianos, de que una vez vuelven las espaldas, que nunca tornan nin tienen mientes para se defender.

Si home ha de cercar algún lugar [de moros] conviene que... ponga muy buen recabdo en guardar los que fueren por leña o por paja, o por yerba, et las recuas que troxieren las viandas para la hueste; ca siempre los moros se trabajan de facer daño en las tales gentes. ...Et si entraren descubiertamente por talar o quebrantar la tierra, desque fueren en la tierra del recelo, deben ir muy bien acabdellados, poniendo muy buenos cabdiellos et muy buen recabdo en la delantera et en la zaga et en las costaneras. ...Et la hueste que en esta manera fincase, en ninguna guisa non debe andar de noche, et débense guardar quanto pudieren de puertos et de estrechuras, porque non puede ir la gente acabdellada, ...Et si entraren por buscar lid, deben ir por el camino muy bien acab-

LA PLUMA

dellados et a pequeñas jornadas, et débense guardar, et non vayan por tierra seca; ca si lo ficieren et los fallasen los moros lueñe del agua, podrían ser todos muy ligeramente perdidos et desbaratados; ca desde que grant gente de moros llegase a la hueste de los cristianos, non podría la hueste de los cristianos andar, et si fuese el agua lejos, o morrían todos de sed, o habrían de descabdellarse para ir al agua; et si una vegada fuesen descabdellados, non ha cosa que les pudiese guardar de ser desbaratados et muertos; ca bien creed por cierto, como desuso es dicho, que si los cristianos una vez se descabdiellan et se desbaratan, que non ha cosa que los pueda guardar de ser mal andantes.

...Pero sobre todas las cosas del mundo debe guardar que non fagan aguijadas de pocas gentes, sinon cuando fueren todos en uno; ca una de las cosas del mundo con que los cristianos son más engañados, et por qué pueden ser desbaratados más aina, es si quieren andar al juego de los moros o haciendo espolonadas a torna fuye; ca bien creed que en aquel juego matarían et desbaratarían cient caballeros de moros a tre-cientos de cristianos, et ya muchas veces muchas gentes et huestes de cristianos fueron desbarataos con estos engaños et maestrías de los moros.»

DON JUAN MANUEL

Libro de los Estados.





FANTASÍAS

SI EL ALARBE TORNASE VENCEDOR



UNTÁRONSE los notables en el zoco el Jemis de Mazuza para deliberar paces o guerra con España. Divididos en sendos grupos los patriotas, los prudentes y los derrotistas, hallaron que las razones y la fuerza no estaban repartidas por igual.

El Santón de la Puntilla, patriota proceroso, fustigó a los tímidos con palabras candentes

—Desde hace veinte años lo vengo diciendo en todos los tonos; lo he repetido en la Cámara de Abomelique y en estas Juntas: abandonar la empresa de España sería traición cobarde a los destinos del Islam, y nos borraría del concierto de los pueblos cultos. No nos engañemos acerca del peligro ni de los sacrificios inevitables. Correrá sangre. Yo creo que no será tanta como se dice. Esos perros cristianos son ladrones y asustadizos. ¿No los hemos vencido en mil batallas? ¿No tardaron ocho siglos en recuperar lo que les quitamos en unos meses? ¿No deshacemos en unas horas lo que ellos levantan en varios lustros? Pero aunque fuese grande la costa: ¿ha perdido nuestro pueblo la antigua virilidad, que le hizo famoso, y se ha mudado en rebaño de viejas histéricas? ¿Y qué valen las penalidades ante el porvenir grandioso que la conquista nos depara? No podemos sustraernos a los designios de Dios: por algo nos puso al borde de la Península; su suelo, civilizado y fecundado por el esfuerzo y la sangre de nuestros mayores, ha de volver al patrimonio de que nunca debió salir. Si el eclipse de nuestra grandeza, socavada, más que por las faltas propias, por la envidia y el odio ajenos, nos obligó a desamparar el fundo hispánico, nuestros derechos no prescriben. Frente a ocho siglos de posesión, ¿es algo el tiem-

LA PLUMA

po que los perros cristianos llevan ladrando en ese solar? Nada. Si nos fuimos de él, ¿no ha seguido la gente española gravitando en torno del Islam? ¿No dejamos huellas imborrables en la vida, en el habla, en los usos, en las artes de ese pueblo? Sus templos ¿no fueron nuestros templos? Sus palacios ¿no fueron los nuestros? ¿Y qué han hecho ellos sino estragar y corromper lo que abandonamos perfecto y entero? Ningún otro pueblo tiene, pues, tantos títulos como nosotros para encarrilar a los desvalidos españoles por la senda del trabajo civilizador. Volveremos allá, y al recuperar lo perdido, restauraremos en la Península un emporio. Enseñaremos a los españoles la filosofía y la medicina, blasones de nuestra raza, y las artes útiles de la paz, que al marcharnos se hundieron. Quedará asegurada la independencia de este país: España no es para nosotros una colonia, ni territorio de expansión: España es un litoral. Desde el Besós hasta el Miño no podemos permitir que asiente su planta el extranjero. Y es hora de estorbar que el Sicambro imperioso, en demasía fuerte, nos asedie por el Norte, como nos cerca por el Sur. ¡Guerra a los infieles! ¡Confíemos en el Dios de los ejércitos! ¡A las armas, a las armas!

Dió un resoplido, y blandiendo la corva cimitarra, se sentó.

El bajá de las Tres Colas, jefe de los prudentes, era un espíritu sutil, perseverante en la inacción, tras de mucho ponderar con palabras circunspectas el pro y el contra de las cosas. Entre sorbos de te y bocanadas de humo de tabaco, dijo su consejo.

—No rectifico mi oposición a la aventura de España. ¡España es un avispero! ¿Qué necesidad teníamos de hurgarlo si los mismos españoles, viniendo a colonizar en nuestras costas, nos daban ocasión, de diez en diez años, para quitarles cuanto tenían y ganar honra y provecho sin esfuerzo? ¿Y no estarían mejor empleados en explotar las riquezas naturales de nuestra tierra el dinero y los brazos que vamos a jugarnos en una expedición azarosa? La conquista de España y el afianzamiento de nuestro dominio en el interior, no son tareas fáciles, pese al patriotismo huero. No están los españoles tan corrompidos ni son tan débiles como se dice. Ciertamente, están atrasados: les faltan la agudeza mental y la destreza técnica indispensables para manejar con holgura y tino los recursos de la industria moderna; pero no están afeminados; por su misma rusticidad, y por la ingrata vida que llevan, son temibles si luchan a muerte. Ni los más grandes capitanes lograron someterlos. ¿Quién no ha oído hablar de los cántabros y astures? ¿O de Viriato? ¿O de Sagunto y Numancia? Y nuestros abuelos, ¿no se estrellaron también en Covadonga? Estas memorias heroicas,

fuertemente mezcladas con las tradiciones religiosas, alimentan a los españoles desde la niñez. Los españoles se comunican con la Divinidad más directamente que ningún otro pueblo. Si los hostigamos mucho, serán capaces de ver al Apóstol Santiago abatirse sobre la morisma blandiendo la espada flamígera, para exterminarnos. Por estas razones y muchas más que no digo, me he opuesto siempre a la aventura de España. ¡Lástima que no se me hiciera caso! ¡Ahora es tarde para retroceder! Somos hombres prudentes, de sanos principios, y hemos compartido las responsabilidades del Gobierno. Puestos ya en España, aunque nunca debiéramos haber ido, es indispensable continuar allí. Es lógico. ¡Lo exigen nuestro honor y nuestros compromisos más solemnes! Retirándonos de España daríamos una prueba de impotencia, y contraeríamos ante la Historia responsabilidades abrumadoras; nuestros descendientes nos pedirían cuenta del patrimonio malgastado. Adelante, pues. Pero nada de empresas bélicas. La acción militar debe estar condicionada por la acción política. Que los españoles mismos se convenzan de las ventajas de nuestra penetración y sean los primeros interesados en ayudarla. Abramos caminos, planteemos árboles, alumbraremos fuentes, vuelvan los abrasados términos de la Península a sonreír a sus moradores; llevemos allá un poco de justicia, recordémosles la tolerancia, hagamos, en fin, más fácil, más placentera su vida... y los españoles nos acogerán con los brazos abiertos. Tal es mi sentir para lo futuro. En el atasco presente, no hay sino tomar un desquite cruel, que restablezca nuestro mermado prestigio ante los españoles y ante el mundo.

El moro Kandor, jefe de los derrotistas, escuchaba de mal talante el discurso del bajá, y no pudiendo reprimir su enojo por más tiempo, le apedreó con improperios:

—¡Mientes, hipócrita! ¡Mientes, perro! Tú también estás sediento de gloria, y quieres engañarnos a todos. Pues sábelo: me alegro de la hecatombe, y desde ahora bendigo cuantas degollinas hagan en nosotros los españoles, si con ellas viene el derrumbamiento del régimen que aborrezco.

El bajá de las Tres Colas repuso con acento melífluo:

—¿No llevamos demasiado tiempo recibiendo con fruición todas las catástrofes, para que luego nada se derrumbe?

—¡¡Viva España!! ¡¡Vivan los cristianos!!—replicaron Kandor y sus amigos.

Los patriotas y los prudentes se arrojaron sobre los derrotistas, y tras de patearles el cráneo, montaron a caballo y fuéronse a predicar la guerra santa.



Cuenta el moro Rasis, el más fiel narrador de estos sucesos, que a la sazón era España uno de los países más felices del mundo. Europa había perecido en la última gran guerra por el derecho. Tronaba en Aquisgrán un emperador barbudo, que apenas hacía caso de las penínsulas del Sur, limitándose a cobrarles un tributo. La Sociedad de naciones, retirada en los archipiélagos de Micronesia, vivía en acecho del progreso de las madreporas, esperando el alzamiento de un continente nuevo que pacificar. A favor del cataclismo, España rehizo, por fin, su unidad moral: «¡No más Europa, no más europeizantes, todos alcañales!» Este clamor, resumen de secretas aspiraciones, demasiado tiempo comprimidas, acompañó al suplicio a los treinta y dos montenegrófilos que propugnaban las novedades del extranjero. El patrimonio artístico de los españoles subió de valor. Antes ya tenían varias «cosas primeras del mundo». Ahora, devastada Europa, muchas más, sobre todo casullas y dedos de santos, que era grandísimo consuelo. Se multiplicó de súbito el caudal de la nación. Llamados al Poder ciertos economistas respetuosos de las tradiciones seculares, implantaron de real orden el *patrón calderilla*, e instituyeron por unidad monetaria la perra chica. La monarquía visigótica, feudataria del emperador de Aquisgrán, acertó a poner a España en las rodadas del carro de Recaredo. Instituciones ajadas por el tiempo recobraron su lozanía. Y la tarde que, en Getafe, sobre una colina, se reanudó la serie de los concilios de Toledo, el alma hispánica respiró, libre de las opresiones y deformidades que siglo tras siglo venía padeciendo.

Sean cuales fueren los ornamentos añadidos a ese cuadro por la imaginación oriental del moro Rasis, las líneas generales son ciertas, y veraces los retratos. Y así dice el moro, que nadando en el piélago de su ventura, el primer movimiento de los españoles al saber que los ejércitos africanos, copiosos como las arenas del desierto, desembarcaban en Motril, Almuñecar, Bonanza y Tarifa, y se abatían sobre Granada y Sevilla, fué de estupor.

—¡Traición! ¡Traición!—vociferaban por todas partes—. ¡Estamos vendidos!

—¿Quién manda las hordas africanas?—profirió con triple intención la Prensa bien orientada.

«El Gobierno—decía una nota oficiosa—cree que no debe darse demasiada importancia a las intenciones hostiles de los moros. Precisamente, en estos momentos, las autoridades fronterizas no cesan de recibir de los kaides más importantes protestas de adhesión a España. El movimiento actual se atribuye a

elementos extraños, cuya presencia en las hordas africanas ha comprobado la policía. Hay motivos para confiar en su pronta captura.»

La invasión progresaba. Aeroplanos marroquíes llegaron sobre Daimiel, y arrojaron proclamas. Se conmovió el pueblo. El Gobierno acordó enviar refuerzos. El Sr. Maura se atuvo a la nota dada a la Prensa el 23 de abril de 1648, con ocasión del aniversario de Cervantes y de los sucesos de Cataluña. Los reformistas acordaron suspender los mítines anunciados. Reuniéronse las directivas de la Casa del Pueblo... Eran síntomas habituales de agitación violenta en el país. Pasado el primer susto, imperó el patriotismo. Por lo pronto, ocurrió que las mujeres enronquecieron. Desde 1808, a cada congestión de patriotismo, las mujeres se ponían roncas, y luego iban empujando cañones por las calles. Así levantaban el espíritu. El gran ministro declaró: «No estamos en momentos de hacer crítica negativa.» Obedientes, los hombres se dividieron en dos bandos: unos se liaron la manta a la cabeza; otros se quitaron la cabezada: dos emblemas del mismo movimiento del espíritu. La nación se alzó para recibir al invasor: en un credo, los túneles y puentes de la península fueron volados con dinamita. Cuanto podía caer en manos del enemigo: municiones, abastos, armas, objetos de arte o de lujo, fué arrojado al mar, o a los ríos, o dado a las llamas. ¡Con qué ardiente corazón lo rompían todo: las máquinas, los útiles, las fábricas! ¡Qué descanso! ¡Cuántos quebraderos de cabeza suprimidos! La Academia de Bellas Artes recibió el encargo de restaurar sin demora los castillos de toda España, y se arbitró dinero para construir muchos más; el Clero, movilizado, bendecía la primera piedra de cada castillo nuevo. Los periodistas hacían prodigios de estilo para aludir, sin ofensa del pudor, a la robusta masculinidad de la raza.

El mundo percibió que España volvía a ser baluarte de la Cristiandad, y que al domeñar a la morisma, si la domeñaba, salvaría los restos asaz maltrechos de la cultura antigua. El Papa predicó una cruzada. A quien muriese en la guerra contra los moros se le ofreció el magro aliciente de hallar expedito el camino del Paraíso. El Emperante envió al Rey de España desde Aquisgrán la corona de Recesvinto y la espada de Suintila, para ceñírselas el día de la batalla. Una Comisión de las Academias provenzales llegó a la corte; en el banquete de bienvenida, cantidad de emociones hasta entonces inefables pudieron correr y esparcirse por los canales de la palabra. «No tengo reparo en confesar—dijo en el brindis un académico conspicuo—que la artera propaganda de vuestros enemigos, enemigos hoy del género humano, nos inculcó la idea de

LA PLUMA

que eráis el pueblo degradado y bárbaro, indolente, orgulloso, que a fuerza de incuria perdió la hijuela espléndida recibida de sus mayores. Permitidme decirlo ahora que vuestra conducta pasmosa en el infortunio nos abre los ojos. Sois un gran pueblo: país de místicos y de conquistadores, la patria de Teresa de Avila y de Velázquez, de Cortés y de Cervantes... Me siento orgulloso al traeros el saludo fraternal de los pueblos latinos. En la defensa de esta causa, no os faltará el apoyo de vuestros hermanos de raza, de esa raza latina, algo menoscabada después de los cataclismos que afligen a Europa, pero en cuyo genio seguimos confiando. ¿No declara nuestra conducta la sangre que nos corre por las venas? Somos imprevisores, a fuer de latinos. En eso, somos tan latinos como la propia Roma, que con su aturdimiento levantó un imperio formidable. Las guerras nos cogen de sorpresa, y las invasiones; no tenemos armas, ni soldados; nos arrojamos de cabeza sobre un enemigo más numeroso y fuerte; andamos, como suele decirse, de coronilla. Tales maneras, que un espíritu superficial tomaría por síntomas indubitables de imbecilidad, a nosotros y a vosotros, nos enorgullecen: son los timbres de la raza. Somos imprevisores porque somos improvisadores. Lo improvisamos todo: un soneto, una fortaleza, un ferrocarril. Como Roma, nuestra madre. Ese acueducto de Segovia, ¿cómo se hizo? Pues así, de improviso, una tarde que el procónsul necesitó agua de la sierra. ¡Viva, pues, la raza latina, y confiemos en la victoria final!» Mostráronles, bajo juramento de guardar secreto, las fábricas de pertrechos militares. En un convento, dos veces mayor que el Escorial, escuadras de frailes manipulaban trapos febrilmente. «¿Qué fabrican aquí?»—preguntaron los extranjeros. «Escapularios—respondió el guía. Hace dos semanas esto era un descampado. Ahora ya ve usted: veinticinco mil capuchinos producen más de doscientas toneladas de escapularios. El ministro tiene en estudio ampliaciones nuevas, y se llegará a producir trescientas toneladas. Todo improvisado ¿eh? ¡Salvo los capuchinos!» Pasáronles a otro inmueble, cedido por la mitra. «¿Y aquí?» «Cajetillas. Sesenta mil por hora. Vean los gráficos de producción. Antes de diez días, esta sola fábrica podrá abastecer a los combatientes... Estornuden sin miedo; no hay peligro.» Visitaron la cuenca fabril del norte. Las chimeneas humeantes, los chorros de llamas que se escapaban de las techumbres, el estrépito de las forjas, el ir y venir de los trenes, el chirriar de las gruas que viraban en el aire su brazo metálico, cautivaron la admiración de los extranjeros. «¿Qué fabrican en esta zona?» «Medallas, exclusivamente. Es enorme el consumo, ya pueden suponerlo. Por fortuna, no estamos en situación de

escatimarlas. La distribución está asegurada, gracias a las señoras, que las llevan hasta las mismas líneas de fuego.»

Mientras, se fué concentrando en Tierra de Campos la hueste cristiana. Juntáronse hasta ciento veinte mil jinetes y seiscientos mil peones, con dos mil carros de guerra. El arzobispo de Tarragona mandaba el ala derecha con toda la caballería. Alejandro Lerroux, preconizado Maestre de Santiago, gobernaba el ala izquierda. En el centro iba el Cuartel Real con el Legado del Papa, que vendía la bula de la Cruzada. Muchos dejaban de comprarla, confiando en que a última hora la vendería a bajo precio. La hueste formó un solo haz, que con ser apretado, cubría la tierra desde Tordesillas a Valladolid. Estaban todos: los tercios de Flandes, los soldados de Otumba y Lepanto, las Órdenes militares, todos, todos; los almogávares, los catalanes y aragoneses de la expedición a Oriente, en fin, todos; los héroes del Bruch, los garrochistas, los literarios; ¡con decir que estaban todos! ¡hasta los caballeros andantes! La hueste, sin ensanchar filas, salió marchando: colmaba los valles, allanaba las cuestas, secaba los ríos, dejaba los bosques y los sembrados mochos. La masa de gente, desarrollando sobre el suelo sus oleadas, el vocerío de los guerreros, el ludir de las armas, el fragor de los carros de asalto, los destellos del sol en las corazas y en la joyante púrpura de los prelados, que caracoleaban en sus caballos enardeciendo a la hueste con arengas belicosas, dejaban suspenso el ánimo—dice el moro—, y el pecho mas templado arrecía de pavor. Al columbrar, coronada la sierra, la planicie de los Carabancheles, donde por agüeros ciertos se sabía que iba a darse una batalla decisiva, los guerreros cayeron de hinojos, alabando a Dios. El obispo de Sión dijo la misa de campaña y pronunció una plática. Misa y plática fueron repetidas por el cinema y el fonógrafo ante los Cuerpos. Renovados los cebos, afiladas y ajustadas las armas, ya se disponían a descender al llano para exterminar a la morisma, cuando los maestros, por tener de su parte todas las probabilidades de ganar mandaron alto hasta la llegada de don Niceto el Antiguo, obispo de Coria, que venía al campo reventando caballos. Dios vertió sobre la cuna de Niceto los dones de la palabra, proveyéndole de elocución caudalosa, transparente y suave, como miel flúida, suerte de bálsamo bien ligado con que hechizaba a los hombres y a los brutos, al feligrés piadoso, a los pájaros del aire, a los peces de los ríos, Apostrofaba a los árboles, y las hojas suspendían su temblor; invocaba a los arroyos, y las inquietas linfas acallaban sus murmullos; las ovejuelas inocentes se olvidaban de pacer si la húmida Eco les traía relieves de su palabra. Le nombraron predicador y procapellán

LA PLUMA

de Sus Altezas, y de la noche a la mañana salió proveído en la silla de Coria. Sus émulos murmuraron, mas sin razón, porque era el último que sabía articular las palabras de un lenguaje armonioso, ya perdido, lenguaje que le enseñó en la niñez un eremita de Córdoba. Por eso desde la juventud fué llamado el Antiguo. Los españoles, sin penetrar el sentido cabal de sus arengas, bebían los vientos por oírle; al son de las palabras, ciertos posos se les revolvían en el alma y empezaban a gustar un desasosiego dulcísimo, premonitorio del deliquio, y en acabando, todo era espavientos, vahidos y efusión de lágrimas. Dicen, pues, que, llegado al campo, los maestros pusieron a Niceto el Antiguo en unas andas, y en los ocho días con sus noches que duró la batalla no cesó de esforzar a la hueste. Pociones confortativas y linimentos y unturas en los pulsos sostuvieron su cuerpo. Mas, al anochecer del octavo día, el Tirteo español calló, la lira se le fué de las manos; la hueste, sin alientos, rompió el combate, y se durmió sobre las armas. Llegaron los moros al amparo de las tinieblas y pasaron a cuchillo hasta el último. Niceto el Antiguo saltó sobre un caballo desjaezado y galopó a campo traviesa, clamando:

—¡Cristianos! ¡Hemos perdido la batalla del Guadalete!

Niceto el Antiguo creía que las batallas perdidas contra los moros se llamaban siempre del Guadalete. Por su lado, los caudillos dijeron en una nota: «Las fuerzas se han retirado a posiciones estratégicas preparadas de antemano.» ¡Y cómo si lo estaban de antemano! Eran las posiciones de Covadonga, ilustradas por D. Pelayo.

III

—Puntual relación nos has dado de todo, suave Cardenio, y te lo agradecemos. Pero, dime aún: ¿tú no estuviste en la batalla? ¿Cómo vives entre moros? ¿Y por qué te empleas en oficio tan pobre?

El preguntante era D. Abraham Salom Toledano, que con otro sefardita venia de Oriente a pedirle al Emir cordobés la reapertura de las aljamas de Andalucía.

—No estuve en la batalla. No poseía ni poseo bien alguno sobre la tierra; el auge y la caída de los imperios no me importan. Un día después de la rota de los cristianos, leía yo tranquilo en mi aposento, cuando un bulto enorme apareció sobre el alféizar de la ventana: era un morazo casi negro. Yo sabía que andaban saqueos y degollinas por la capital; pero, sin medios de eludir el peligro, me estuve quieto. El morazo se entró en la habitación. Traía las

ropas en desorden, en la diestra un alfanje ensangrentado, encendida de furor la faz. Me trabó por un brazo y, revolviendo sobre su cabeza el truculento alfanje, berreó:

—¡No hay más Dios que Dios!

—¡Verdad palmaria!—repuse—. No vale la pena de encolerizarse.

Se calmó un poco e hizo ademán como de marcharse. De súbito se enfureció de nuevo.

—¡Sólo Dios es vencedor!

—¡Todo lo más!—contesté sonriendo.

Le ganó mi mansedumbre y depuso el hierro.

—¿De modo que tú no eres tan bragado como tus compatriotas? ¿O no temes doblar la cerviz bajo el yugo agareno?

Estas palabras despertaron mis sospechas: creí habérmelas con un mistificador. ¡Cómo! ¿Apenas llegado del Atlas y ya hablaba por tan rodeada manera y elegantes tropos? ¡Qué morbo virulento! El africano, porque lo era, comprendió sin trabajo mis deseos. Díjele que no tenía empeño alguno en ir a reconcomerme en Cangas, donde se instalaría la corte en espera de mejores tiempos, y con tal de verme respetado en el uso de mi religión viviría gustoso entre los alarbes, para instruirme en su lengua y en su saber. Trato hecho, harto fácil de guardar, pues yo no tenía entonces otra religión que mi albedrío. El morazo me llevó ante un bajá y quedé recibido por muzárabe. Me consagré a observar las costumbres de los invasores. Siguiendo de cerca al Emir, presencié la demolición del palacio de Carlos V y los preparativos para reconstruir la Alhambra. Asistí a la reconsagración de la Mezquita de Córdoba al culto de Alá y a las muchas zambras con que la morería festejaba su retorno al maravilloso Andalus. En tanto, sobre el minúsculo reino de Asturias se cebaba el infortunio. El rey reinante desapareció en la rota. No se libró batalla en Covadonga como se esperaba; pero al nuevo rey un oso lo despedazó. Vinieron algunos a sospechar si en tantas señales coincidentes no habría cierto misterio, cuando un anciano filólogo, que por la crudeza de los tiempos vivía en la braña, alimentándose de las hierbas arrojadas por un filósofo que moraba más arriba, tomó su báculo, bajó a la corte y muy en secreto murmuró algunas palabras al oído de los mayordomos.

—¡Filólogo!—le contestaron—. Si no dices verdad, date por muerto, que en palacio no estamos de humor para escuchar desvaríos. Y si dices verdad, ¡ah!, ¿por qué no perecimos antes en la batalla?

LA PLUMA

—Verdad digo, y no quiero albricias por la nueva, que es triste, y a todos nos envuelve la negrura del destino.

Llamaron a los sabios que se pudo encontrar y a muchos del extranjero. Allegaron los pergaminos salvados de la catástrofe. Fregaron, rasparon palimpsestos. Tratáronlos por métodos modernos, y no dejaron pavesa sin escarmenar. La verdad se mostró sin rebozo. Desde que el anciano filólogo reveló su idea venían a ordenarse en torno claramente los datos mal comprendidos hasta allí. El colegio de sabios corroboró en secreto el descubrimiento. Secreto terrible, que rompía los corazones! Ahora, ya se trasluce, para mayor desdicha. Sabedlo, buenos señores: el romancero no tiene fondo histórico alguno; el romancero es una profecía. Los vates penetraron tan adentro en lo oscuro de las inclinaciones de la raza, que en lugar de las membranzas poéticas de sus gestas, fué un pronóstico lo que nos legaron. Pasará como el romancero lo cuenta si se propala que es vaticinio, pues no hay profecía que deje de cumplirse, y vosotros los israelitas sois de ello insigne ejemplo, en cuanto el pueblo la recibe por tal y la acata. Que se ha de propalar, es seguro. Los jayanes acertaron a robarles el secreto a los sabios, que pretendían guardarlo para sí, entre iniciados, por no descarriar al pueblo con el cebo de la vanagloria. Eran mansos de corazón, predicaban el recato, la mesura, el cultivo de la mente, el amor al trabajo. Los jayanes los odiaban; descifrado el enigma los despreciaron, y fueron desacreditándolos con el pueblo hasta echarlos del país. En esto reconoceréis a los jayanes: aventajada estatura, barbas frondosas, rostro pizamiento, modales fastuosos y verbo rotundo. Juran por los toros de Guisando; de un mandoble tajan el Guadarrama; si sueltan un berrido, los torreones de Ávila se bambolean. Con dificultad los cazan, porque van en manadas, nunca sin armas. Si cobran alguno, suple muy bien las espensas: de la piel se hacen tambores, de la mollera se saca corcho para cien tapones y de la tripa, obra de tres o cuatro azumbres de un licor agrio, que se emplea como curtiente. Los jayanes, fuera de sí de gozo, divulgan las profecías. ¡Va a empezar la Reconquista! ¡Ocho siglos de gloria en la despensa! ¡Y os admira, nobles señores, que yo no esté allá con los míos? No queda lugar para los discretos. Aquí, a lo menos estoy en mi tierra y me sustento en paz con el oficio en que me ha sumido la desventura. Si otro día venís a honrar este tugurio os contaré mi encumbramiento y mi caída. Es increíble. Lo tomaréis a invención mía; pero, ¡ay!, nada más cierto. Basteos saber que por los días de la invasión, moraba en Castilla un tercero o cuarto nieto de Muley Suleiman, emperador del Mo-

greb. Era, por abolengo, Xerif, y podía usar almalafa verde, como genuino descendiente del Profeta. Llegaron los marroquíes, les abrió su castillo, díjoles quién era, y, tentado del demonio de la ambición, pidió sus derechos. No se los negaron. Destronado su antecesor, asumió el título de Emir de las Españas; yo fuí nombrado Gran Visir, Adelantado del Mar y Condestable. Hice maravillas en el gobierno. Pero me acusaron de corromper la ley del Profeta; los jayanes—también los hay aquí—y los ulemas amenazaban al pueblo con las iras de Alá por estar el emirato en poder de un renegado. Nos derrocaron, y la misma noche hicieron en los pacíficos cristianos que moraban en Córdoba un estrago memorable. El Emir pudo escapar a los Estados Unidos, donde vive dando conferencias. A mí me dejaron libre, pero en la miseria. Engarzo cuescos de aceituna para venderles rosarios a los cristianos y a los musulmanes. A los cristianos que vienen a llorar sobre la tumba de sus mártires, les vendo rosarios mojados en agua del Jordán; a los musulmanes que vienen a lavarse los pies en el atrio de la mezquita, les vendo rosarios mojados en agua del Zem-Zem. Esta es mi vida. Y no necesito más Boecio ni más Séneca que repasar las memorias de mi corazón. Si otra cosa deseais, decidla.

—Sabemos ya cuanto queríamos, amigo. Al punto nos volvemos a Salónica —respondió D. Abraham.

Y hechas unas zalemas, se fueron.

CARDENIO





ESTAMPAS DE MADRID

LA CASTELLANA

*Las estatuas de la Castellana
están allí de mala gana.
Y es justo que lo estén,
pues a cualquiera ha de aburrirle
ver tanta señorita chirle
y tanto pollo «bien».*

*Claro es que si esos señoritos,
en vez de ser unos chorlitos,
tuviesen algunas ideas
de buen gusto y de arte,
en vez de sus ideas fátuas,
dirían que también a ellos
les molestaban esas estatuas
tan malas y tan feas
como en ninguna parte.*

*Pero son gentes que
leen el A B C
y las novelas pseudoliterarias,
y las divierten las comedias de astracán,*

*y cuando andan por la calle a solas
se les oye que van
tarareando Las corsarias
y el fox-trot de todas las pianolas.*

*Y ellos son el señorito monigote
con el sombrero hasta el cogote,
que suele ir diciendo: «¡Brutal!
¡Qué estupendez!
¡Es una cosa así! ¡Bestial!»*

*Y ellas dicen a sus conquistas:
«Esta tarde te espero
al te de Molinero.
Pero iremos primero
a casa de las damas catequistas.
Luego vamos al cine,
sé que irás. La película,
me han dicho que es ridícula,
pero que mucho dura
el rato en que está la sala oscura.
Y por la noche a Lara,
que hay una cupletista
que dicen que es artista
muy fina y muy moral.
No dejes de ir. ¡Es colosal!»
Con caras de besugo y de merluza
otra pareja de pollitos cruza.*

*—«¿No sigues con Lili?
—Ya he roto
con ella, y con Fifi.
—Me parece que haré
eso que has hecho tú,
con Bebé y con Nené;
pero ahora la Lelé*

LA PLUMA

*quiere un perro Lulú.
Lo que deseo es vender la «moto».
—Yo estoy tras de la Gloria,
una chica segunda
en el Reina Victoria.
¡Con una cara de prima!
Y, bueno, que se estima
igual
que una animal.
Vamos, ¡brutal!
El caso es que me aburro.
¡Bueno!
Mañana hay un estreno,
habrá que ir a hacer el burro,
igual que la otra vez.»*

*Y las estatuas están hartas
de tanta estupidez.
Y de ver tanto carruaje
de ministros y ministras de todo linaje.
Y sufren los grandes sofocos
al ver esos coches que se han vuelto locos
y corren sin caballos.*

*Y se quieren marchar,
y echar a andar,
y dudan si dar el salto
sobre la pista del asfalto.*

*Doña Isabel la Católica,
y por consiguiente también apostólica,
ha estado en el concurso hipico,
y con un gesto épico
de reina siempre obedecida,
le manda a don Gonzalo
que siga tirando de la brida*

*de la broncínea jaca,
que era sin duda una haca
nea.*

*Luego, el marqués del Duero,
que se encuentra peor allí
que en la guerrera brecha,
le pregunta al que pasa primero
si tirando hacia la derecha
irá bien para Chamberí.*

*Después, el tribunicio don Emilio,
al verse entre unos bancos
adonde no se llega ni con zancos,
parece clamar pidiendo auxilio,
gritando a sus admiradores
con elocuente frenesí:*

*—«¡Ah, señores!
¡Yo quiero que me saquen de aquí!»*

*Y en lo alto de su candelero,
don Cristóbal, el gran Almirante
condenado al ludibrio
de un molesto equilibrio,
mirando siempre hacia adelante,
no se distrae,
porque sabe que si se mueve
se cae.*

*Y sólo extiende una mano
para ver si es que llueve
o nieva,
y debe abrir el paraguas
que en la otra, lleva.*

PEDRO DE RÉPIDE



LETRAS ITALIANAS

MILÁN



Se distinguen las grandes jaulas de las casas construídas en la periferia, las gallardas chimeneas de las fábricas, las calles rotas aquí y allá por los huertos del suburbio; luego, he aquí que el tren se detiene buscando, y ya estamos en Milán. No se ven torres ni basílicas; e incluso la «Madonnina» en lo alto de las agujas góticas del Duomo ha desaparecido. Milán: donde se hablan todas las lenguas y todos los dialectos del mundo, pero poco y mal la italiana; donde residen gran parte de los escritores de moda y los más ilustres editores de Italia. Se siente uno ganado al punto por este hervor de vida; la atmósfera misma parece menos ligera que en otras partes y, densa, nos penetra, nos enciende, nos prepara a correr. En Roma, en Florencia, en Génova, se anda; en Milán, no; en Milán se corre. Y entonces se comprende por qué también la literatura es aquí tan pobre de reflexión y por qué son pocos los escritores que piensan en trabajar seriamente, no para el momento pasajero, sino para un mañana más o menos lejano. El público de esta ciudad laboriosa, activo, enérgico, desenvuelto, no sabría, después de una jornada de trabajo, soportar lecturas que no fueran fáciles y alegres; ni, del mismo modo, un teatro de pensamiento que obligue a la reflexión y haga trabajar al cerebro. He aquí los grandes cafés mundanos: el Cova, el Savini, el Biffi, el Campari, donde el público anhelante encontrará a ciertas horas a sus escritores, sus pintores, sus actrices, a toda la gente célebre de que se envanece esta ciudad y que se complace en señalar al amigo que llega de provincias, como le enseñaría el Duomo o la Galería. Porque esta gran

ciudad, donde se mueve un millón de hombres, en el fondo es extraordinariamente provinciana y frívola, y se fija en las apariencias, el relumbrón y las lentejuelas. El mundo milanés se reúne por entero a ciertas horas bajo el octógono de la Galería; aquí, el buen milanés que ha estado haciendo números durante todo el día, encuentra todas las noches al amigo o a los amigos: para beber. Hay algo de alemán en esta costumbre del milanés; sobre todo porque, no obstante su fortaleza y laboriosidad, carece en absoluto de la virtud de la renunciación. En el trabajo, como en la diversión, el milanés es metódico; pero tan estrecha y minuciosamente, que a veces incluso hace dudar de su inteligencia. Pero no: el milanés es inteligente; a la manera un poco pesada de los alemanes, si se quiere, pero no se puede negar que es inteligente. En cuanto al arte, como quiera que se le presente, no afina; de pintura y escultura compra lo que los periódicos le ensalzan; en el teatro, cuando tiene que escoger, prefiere siempre la comedia o la ópera que *Il Corriere della Sera* (el *Corriere*, tout court) le ha alabado por la mañana. Las grandes librerías de la Galería con sus cartelones en blanco y rojo le aconsejan mientras tanto el último libro que debe leer para dormirse; y lo compra a cierra ojos, fiándose, más que del consejo del librero (el librero, a su entender, siempre es interesado), del anuncio que más ruido mete. El éxito de Guido Da Verona, novelista del cual se habla mucho incluso fuera de Italia, débese en gran parte a Milán, que halló inmediatamente en Da Verona el novelista adecuado. En efecto: incluso con sus defectos, Da Verona representaba vivamente la ciudad en que mora hace tantos años, pobre de sensaciones y virtudes profundas, pero rica, ubérrima de esplendores aparentes, entregada por entero a goces superficiales, materiales o estéticos, y poco reflexiva interiormente. Da Verona fué y es adorado por los milaneses; casi tanto como una especialidad gastronómica de la ciudad rumorosa. Y lo que hay en él de bueno—cierto vigor de representación, no siempre ayudado de la expresión, por desgracia, antes bien, licuada muchas veces en un estilo enfático e hinchado—, a Milán se lo debe ciertamente, que si no muy profunda, es, sin duda, enérgica, animada, varia y, en sus dramas, complicada e incluso novelesca a veces. Pero Milán ha visto nacer en su recinto en estos últimos tiempos, y no sin cierta curiosidad, incluso el futurismo de Marinetti. Al principio se rió; luego se entregó a aquellos gritos y los discutió; al cabo, también el futurismo la ha dejado indiferente. Marinetti no soportaba el claro de luna; odiaba a las mujeres; pero cantaba a las chimeneas humeantes y a los automóviles; en suma: había manera de ir de acuerdo y entenderse. Al milanés le gustaban las mujeres guapas y le

LA PLUMA

siguen gustando; e incluso el claro de luna, visto desde el parque, a través de las grandes ramas de los árboles, tenía un cierto encanto; de modo que el desprecio tan ruidosamente manifestado le cosquilleó y le hizo reír; y corrió a divertirse al teatro con las famosas lecturas marinettianas; porque, si bien confusamente, Marinetti ofrecía al buen milanés sensaciones de vida intensa: mujeres, luna, automóviles, humo de chimeneas, aeroplanos, trepidación de motores, guerra y tiros: un batiburrillo de sensaciones curiosas y variadas que no eran la sólita comedia en zapatillas de tal cual autor italiano. Era un empujón, un puntapié, una bofetada quizá; pero bien servido, con drogas picantes, y, por lo tanto, gustoso. Añádase a esto que, después de la lectura, a la salida del teatro, se podía asistir a algún pugilato entre Marinetti y sus críticos; pugilatos que rompían la monotonía de última hora en los grandes puntos de reunión de la Galería. Hoy ya no hay quien se acuerde de Marinetti: si pasa altanero por la Galería, nadie se fija en él, y si publica un libro como estos días, *L'alova d'acciaio* (que aunque maquinístico y como todas las obras de Marinetti henchido de imágenes barrocas y falsas, no es un mal libro), o si pronuncia un discurso político, no hay una rata (ni las más jóvenes) que le haga caso. Y es que el futurismo, como tal movimiento razonable, rebasó las intenciones de sus mismos fundadores hasta convertirse en un juego o pasatiempo pueril.

Milán tiene, además, su poeta, del cual está orgullosa; y ¡ay de quien se lo toca! Un poeta que tuvo, a la verdad, y tiene aún ahora, momentos de feliz inspiración, pero que muchas veces se ha visto obligado por su misma ciudad a elevar la voz y hablar de cosas que no sentía. En efecto, el bueno y querido Bertacchi había nacido para hacernos gustar el sabor a un tiempo dulce y rudo de sus montañas de Chiavenna; para hacernos vivir con él la atmósfera pura y el encanto profundo de los Alpes que les dieron vida; mientras que por desgracia, Milán, cuando empezó a amarle, exigió de él en toda ocasión vocalizaciones o romanzas, pidiéndole en alta voz que entonase siempre alto, con voz de barítono, él, Bertacchi, que había nacido para expresar suave y tristemente las emociones sutiles de su alma delicada y buena. De ello derivó un enturbamiento; y la vena, forzada en torrente, no tuvo ya su natural limpidez, y fué perdiendo aquel timbre dulce que ayer nos gustaba, hasta concluir en un canto roto, de garganta puramente, y estriado incluso de angustiosas desentonaciones. El editor y librero Baldini y Castoldi, cuyo gran escaparate lleno de libros domina en la Galería, tiene siempre expuestas todas las obras de Bertacchi; y las vende; pero cuando, como en estos días, hay un libro nuevo del poeta, en-

tonces el escaparate muéstrase por entero ufano de él, y los carteles (rojo en fondo blanco) llaman con grandes letras la atención del transeunte. ¿Versos de Bertacchi? dice el transeunte milanés. Y los compra, si no para leerlos, para que el amigo o la amiga se los vean mañana sobre la mesita del gabinete. En este nuevo volumen: *Riflessi d'orizzonte*, Bertacchi sigue siendo el mismo: delicado y claro, cuando canta lo que le gusta, premioso y poco diestro cuando su garganta no resiste los terribles *dos* de pecho de la poesía patriótica, que Carducci, por el contrario, con tanta facilidad expresaba. Baldini y Castoldi, después de Bertacchi, ostentan otra *especialidad*: el novelista Gotta. Nunca os he hablado de él, y sería inútil el hacerlo hoy si Gotta, en cierto sentido, no coadyuvase a la idea que intento daros de Milán. Ciertamente Gotta no es milanés, sino de Ivrea; con todo, ha sabido *milanizarse*, no sólo en sus hábitos de vida, mas en la manera de escribir, y hoy se puede, sin ofenderle, llamarle milanés completo. Sin embargo, no hay que despreciar a este joven. Si poseyese una preparación sólida, si pensase mucho antes de empezar sus novelas, si evitase el seguir demasiado las huellas de Fogazzaro, este escritor—único entre nosotros que ha tenido el valor después de Zola y Pérez Galdós, de intentar el ciclo novelesco (un ciclo, por lo demás, de corto aliento, que se desarrolla todo él en torno a un tipo de hombre, Claudio Vela)—se podría jurar (pocos poseen como él la facultad de trazar en pocos rasgos un individuo) que un día u otro bordearía el arte grande. Pero, nos parece que no lo bordeará, porque también él es esclavo ya de un público fiel; al cual es imposible que se oponga con fuerzas sanas y vitales; dado, se entiende, que sus medios sean susceptibles de perfeccionamiento, que adquiriera, en suma, ese severo rigor de la palabra, con que únicamente se puede llegar al gran arte. De Gotta a los demás novelistas el paso es breve. En Milán los hay de todos colores y de toda catadura. Hay el Barbusse y el Mann reproducidos en 16.º, en la persona de Mario Mariani; hay el novelista y cuentista bulevardero, con Pitigrilli (*Cocaína* es su última novela); hay el novelista idílico, al agua de rosas, dulzón hasta dar náuseas, Michele Saponaro (el cual tiene por lo demás nobilísimas condiciones de estilo, que debemos lamentar ver desperdiciadas y diluídas como están en tres o cuatro novelas, a cual más sensibleras, donde se repite monótono un sólo tema: la ciudad negativa, y el campo laborioso, con ornamento de amores e idilios campestres a saciedad) y tantos otros. Pero no he de daros un catálogo de nombres y antes prefiero dejar esta lista inútil para conducirnos conmigo a la sede de una o dos casas editoriales, donde podremos ver de cerca algún tipo de es-

LA PLUMA

critor menos sólito y monótono y oír al cabo algún acento que no parezca milanés, que huelga, gracias a Dios, *francamente* a italiano—de la Italia de todos. He aquí al editor Mondadori, ayer afincado en Roma y hoy, no sé por qué, caído en Milán; el vivo e inquieto Mondadori, una de las fuerzas jóvenes, verdaderamente jóvenes de nuestras editoriales. En casa de Mondadori encontraremos a Umberto Fracchia, encontraremos a Ada Negri, encontraremos a Panzini, tal vez. Umberto Fracchia, director de la casa editorial, está detrás de una mesa, con el cigarrillo en los labios, y sonríe. Este joven escritor que hace diez años afiló sus primeras armas en la obra maestra de Cervantes, escribiendo algunas meditaciones deliciosas sobre *Don Quijote*, este lector y admirador de españoles, de Salaverría a Pérez de Ayala, es un artista exquisito y personalísimo. Su «Perduto amore» es una novela intrincada en que los efectos están buscados y obtenidos con una labor toda de atisbos estilísticos y un desprecio felicísimo de la técnica y la trama sólitas. Preguntado acerca de su opinión sobre la literatura italiana en general y la milanés en particular (en obsequio a los editores, he de hacer lugar también a los autores de méritos puramente... comerciales) Fracchia ni parpadea ni mueve los labios. En sus ojos permanece aquella sonrisa singular que vale más que un largo discurso. ¿Habrá, pues, que desesperar? Fracchia no desespera ni está exultante: lee, envía a la imprenta, estipula contratos y esa misma mecanicidad de trabajo, resta a su fisonomía toda razón de regocijo o de queja. Pero él, pese a tantas lecturas fastidiosas, trabaja, no ya en la crítica como en su juventud, sino en obras de arte y narrativas, con una firmeza y una honestidad raras en Milán y rarísimas en quien como él tiene a la mano cajistas e impresores. Sus pasiones literarias son interiores, sus correrías a través de las diferentes literaturas (ha traducido en un hermoso italiano la obra maestra de Coster, *La leyenda de Ulenspiegel*) nadie puede decir adónde le llevan, es decir, a qué misteriosos parajes del espíritu, en los cuales se mueve, danza, se expande, dejando en tanto creer a quien le ve y le habla que está en Milán, muy próximo a la desoladora literatura de la ciudad que le alberga. Ha de proporcionarnos sorpresas nada comunes, y han de dejar tanto más estupefacto al público en cuanto nunca ha dejado ni dejará vislumbrar nada de su vida interior, que debe de ser deliciosa y dichosísima.

En casa de Mondadori encontraremos a Ada Negri, nuestra poetisa más célebre, que después de los versos eróticos de «Il libro de Mara» (Treves, Milán) se ha recogido por entero y gozosamente en un libro de escaso volu-

men, de amplia significación y denso de ideas: *Stella Matutina* (Mondadori, Milán). En esta prosa sin énfasis Ada Negri narra su vida lejana de muchacha. No se ha de creer que este libro de una poetisa es principalmente lírico. No; Ada Negri ha sabido contener la onda de sus sensaciones lejanas y consumir dentro de sí toda su efervescencia. Las páginas de esta su humilde vida son extraordinariamente sobrias, y por ello eficacísimas casi siempre. Un pequeño mundo aldeano; figuras insignificantes y modestas; una atmósfera estrecha y sofocante, y, con todo, un drama fuerte. También Panzini se ha acogido ahora a la casa Mondadori; pero en vano buscaremos en la *Signorina* que ahora nos ofrece el Panzini nobilísimo y grande de *La lanterna di Diogene* y de *Santippe*. La vena, o está cansada o turbia, y Panzini se nos presenta en sus detritus, hasta parecernos casi frívolo. Puede darse que dependa de nuestro gusto, o mejor del hecho de habernos habituado Panzini a muestras harto más nobles; sin embargo, hubiera hecho bien en no abrumarnos en estos últimos tiempos con tantas obras insignificantes, que poco o nada nos recuerdan el Panzini que amamos.

Y pasemos a la casa Treves. Encontraremos en la casa Treves otros grupos y otros escritores, y antes que a nadie a G. A. Borgese, cuya *Rubé* continúa interesando, combatida y alabada, a los círculos literarios de Italia. Ya hemos expresado nuestro pensamiento acerca de esta obra; pero si el Borgese de *Rubé* no nos gustó, el Borgese de los *Saggi critici* sigue siendo para nosotros uno de los críticos más sólidos de la Península; y no quiere decir que, aun no reconociéndole ingenio creador, no esperemos verlo algún día émulo de Sainte-Beuve en la crítica literaria; también Sainte-Beuve escribió una novela insignificante. Dícese que ahora Borgese está limando sus versos, y Dios quiera que el poeta sea más feliz y más moderno que el novelista. Pero en la casa Treves no está solo Borgese; otro crítico florece bajo las alas de la eminente editorial: Fernando Palazzi. Este joven comenzó traduciendo exquisitamente los *Reisebilder* de Heine, traducción que quedará entre las más bellas de nuestra lengua; y también tradujo más tarde escritores griegos, franceses, alemanes, hasta los *Contes drolatiques* de Balzac (editor Formiggini), publicados en estos días, en los cuales respeta poco a Balzac, pero interpreta magistralmente el alma *cinquecentesca* de los personajes. Palazzi es un erudito de los *cinquecentistas*, y en esta traducción el *cinquecento* del Masini y del Doni respira a pleno pulmón, en períodos tensos, henchidos, animadísimos. Escritor elegante y rico como pocos, es menester esperar que Palazzi encuentre pronto

LA PLUMA

un mundo que describir y al cual dar vida; estamos seguros de que sabrá animar y vivificar ese mundo como un clásico. En calidad de crítico se le presta mucha atención, si bien de cuando en cuando se entusiasme con exceso o rebaje exageradamente el justo tono del juicio.

Aquí tenemos la casa Treves, como hace diez años, cuando jovencillos llevábamos las primeras novelas al viejo comendador Emilio, ya fallecido; y si hoy, desaparecidos los viejos, se encuentra uno caras nuevas, no ha cambiado con ellas la casa Treves, antes bien se halla alguna sonrisa más que antaño no se encontraba. El director Beltrami no tiene las brusquedades del dueño Emilio Treves. Beltrami, ilustre artista del pincel, llevado por su ingenio y su tacto a dirigir un negocio exclusivamente literario, es cortés, afectuoso, bueno incluso con los jóvenes; de suerte que éstos ya no sufren hoy al entrar en la casa Treves los temores que nosotros ayer, cuando nos parecía que hasta las paredes nos eran hostiles. La casa Treves, con el nacimiento de las nuevas editoriales milanesas ha perdido mucho en autores célebres; pero le son todavía fieles D'Annunzio, Zuccoli, Albertazzi, Oietti y algún otro, a más de que intenta llamar a sí a los jóvenes también para sondearlos y estimarlos. Y a ella vienen escritores trasalpinos, si bien en lengua italiana, como Francesco Chiesa, insigne poeta del Ticino suizo, celebrado en su patria como el poeta más fuerte después de Spitteler. Chiesa, de quien se puede leer un perfil trazado por el crítico Giuseppe Zoppi (muy expresivo), es también poeta en la prosa, que fluye de su pluma medida, escandida y, con todo, trémula de emoción; que hasta donde la inspiración es grave, sabe distribuirla tan adecuadamente que los efectos están siempre logrados. Ahora sale un nuevo libro suyo de versos, *Consolazioni*, que nos ayuda a definir este sereno temperamento de lírico que, sin salir de los esquemas tradicionales, ha sabido hacer sentir en sus obras la profunda angustia de los hombres de hoy, con una modernidad, más que del ritmo, del pensamiento y de la emoción, sabiamente repartidos. De Chiesa se vanaglorían los suizos; pero como es ticinés, también los milaneses, si bien su carácter esquivo, aun de lejos lo da a conocer como un montañés. Cuando baja a Milán, en efecto, en vano se confunde con los hombres que circulan por la Galería y los cafés, pues no hay quien no descubra luego en aquel hombrecillo de los bigotes rubios y la mirada fría y tranquila los signos inconfundibles del individuo que no está acostumbrado a vagar por las aceras de las grandes ciudades.

En la gran ciudad circulan más bien, a millares, los jóvenes, que surgen de

las provincias, lejanas incluso, en busca del editor o de la colocación en el periódico. Y pululan las revistas de vanguardia y de retaguardia, de literatura pura y de literatura amena. Guido Podrecca, un ex diputado muy inteligente, creó años ha *Il Primato*, y todavía dura; llamando en derredor suyo a jóvenes de ingenio y de talento: Somaré, Titta Rosa, Palazzi, Savinio, lanzó como editor algunas obras importantes, entre las cuales una antología en dos volúmenes de *Novellieri spagnoli*, en que colaboró Unamuno, y otras, como una historia de la música, que dicen muy interesante. En Milán todo es empezar, y el que ensaya una revista y la levanta, al mes de vida sueña en el libro, la casa editorial y un escaparate de las ediciones propias en la Galería. Ettore Cozzani, catedrático de Spezia, vino a su vez a Milán con una revista muy elegante y digna, no obstante estar escrita, como se usaba en tiempos de D'Annunzio, con mucha música de palabras, y también Cozzani creó en torno a esta revista, *L'Eroica*, un movimiento de hombres y de intereses que se trocó, no tardando, en casa editorial. Exteriormente, los volúmenes de Cozzani (que es asimismo buen poeta y narrador, no obstante hable siempre con tono antiguo y solemne) son de lo más exquisito que haya podido dar la librería lombarda; pero en el contenido están todos ellos más o menos atacados de la musicalidad exterior de los dannunzianos. Buenos poetas y pulidos prositas, pero pobres, ¡ay!, de inspiración verdadera, y cuando no, hartos lamidos, hartos cantarines, demasiado embebidos de delicias rítmicas a la antigua. Pues bien, por eso he querido hablaros de ello, para mostraros cómo en Milán, incluso una *Eroica*, enfática y todo, ha podido hacer fortuna y encontrar compradores y admiradores a centenares. ¡Extraño pueblo el milanés, que va de la novela a ras del suelo, pobre de contenido y débil de espina dorsal, a esta otra literatura tonante, retórica, barroca, y que al mismo tiempo guste de una y otra! La verdad es ésta: el milanés no tiene dotes de buen gusto, y quien le ciega o le encanta (para lo cual sirve en mucha parte, tanto la cubierta linda y procaz, como el anuncio editorial a lo Cozzani, siempre ruidoso y altisonante) puede sorprender su buena fe y fascinarle. ¡Simpático pueblo, tan rico de virtudes caseras y laboriosas, tan tenaz en sus propósitos; pero tan provinciano y superficial cuando se encuentra ante lo que no entiende!

Mejor que a *L'Eroica*, donde seríamos recibidos con un estrépito de tambores y trompetas, hartos fragoroso para nuestros oídos tímidos y tranquilos, haremos, antes de abandonar esta ciudad terrible, una escapada a casa del editor Quintieri, que ya no es tal, sino Leonardo Potenza. Aquí encontraremos,

LA PLUMA

gracias a Dios, un poco de modestia y de vida pacífica; no nos parecerá que estamos en Milán, a dos pasos de la gran estación del ferrocarril. En casa del editor Potenza está Giacomino di Belsito, autor de muchos volúmenes de novelas cortas sin pretensiones, pero nítidas y sinceras como el buen hablar italiano; y encontraremos, en fin, un mundo de antiguos conocidos: Stevenson, Kipling, Wedekind, Dostoiewski, de los cuales se ha convertido Leonardo Potenza, de algún tiempo a esta parte, en editor concienzudo, escogiendo los traductores entre los más eminentes concedores de literatura extranjera que Italia tiene: Spaini, Cecchi, Alvaro, la Pisaneschi, etc. El Sr. Potenza, gracias a Dios, trabaja por algo más que una fama pasajera, y si bien los milaneses no hacen cola a su puerta cartera en mano, espera poder un día u otro, ya que no enriquecerse con los libros, imponer aquellos sus huéspedes al gusto de sus conciudadanos. ¿Será fácil? ¿Será difícil? Giacomo di Belsito, pertinaz especialista de Balzac y de Baudelaire asegura que los tiempos son propicios.

Y cae la tarde también en Milán. Se encienden por doquier lámparas eléctricas, tintinean los tranvías en las grandes plazas, salen a millares las mariposuelas callejeras a revolotear por los pórticos y la Galería.

Milán no cambia. La dejé ahora hace un año alegre y despreocupada, y tal la encuentro, no obstante las luchas fascisto-socialistas que ensangrientan a Italia, y no obstante la pobreza creciente de nuestra literatura.

Va uno andando, andando, andando; pasan ante los ojos las luces del Savini, del Biffi, del Cova. Está uno en Vía Manzoni. La gente corre y se prepara para el teatro. Carteles multicolores, con los mismos títulos de hace un año: *La dame du chez Maxim*, *El revisor*, etc. El teatro *pochadesco*. Se asoma uno a los cristales del Cova: mujercitas que beben champagne y hombres con calzones anchos que discuten. Son los literatos y pintores célebres.

Sigue uno andando, andando, andando. Vía Manzoni, luego la esquina de Vía Motone y la plaza Belgioioso. ¡Gran silencio en la plaza Belgioioso! El palacete rojo de Alessandro Manzoni, a la luz del crepúsculo muriente, tiene cierto resplandor. ¡Manzoni! ¿Don Alessandro, el de los *Promessi Sposi*? Los labios murmuran rítmicamente aquellas sílabas que parecen eclesiásticas, solemnes: ¡Manzoni! ¿Es que Manzoni era milanés? Milanés. Entonces se descubre uno, y tal vez se arrodilla balbuciendo: «¡Aquél sí que era arte!»

MARIO PUCCINI



LETRAS FRANCESAS

M. LOUIS BERTRAND



DESDE hace un par de meses en Francia, como en otras partes, la actividad literaria está casi paralizada: el teatro y el libro vacan. ¿No será esta buena ocasión para distinguir entre las producciones últimas las de algún autor que nos parezca digno de estudio más detenido? El autor de que hoy queremos hablar no es un principiante ni lo que se ha convenido en llamar un joven novelista: es un escritor en plena madurez del talento, y que empieza a cosechar la admiración que en veinte años de asidua labor literaria ha merecido. Ese novelista es Louis Bertrand, el vigoroso autor de *La Cina*, de *l'Invasion*, del *Rival de Don Juan* y de tantas otras obras notables, quien acaba de publicar, con el título de *Les villes d'or*, una obra de primer orden sobre el África romana.

No vamos a hacerles a los lectores de LA PLUMA la ofensa de querer revelarles el nombre de Louis Bertrand; la notoriedad del autor de *le Sang des races* es ya lo bastante sólida para haber transpuesto las fronteras, sobre todo cuando la frontera se llama los Pirineos. Entre los escritores franceses contemporáneos conozco pocos que pueda gustar mejor el alma española, porque sé de pocos que hayan amado, comprendido y cantado a España como él. Sin duda esta última frase pudiera aplicarse también a Argelia y a Oriente y al mediodía de Francia, lo cual es como decir que Louis Bertrand es un latino de cuerpo entero, cuya sensibilidad vibra sobremanera al ponerse en contacto con las razas mediterráneas.

«Somos como los latinos, nuestros antepasados: sin saberlo, aspiramos a la



fuerza y a la voluptuosidad de Africa... ¡Ese país nos salvará! ¡Oyes el jadear de los faquines doblegados por el peso de los fardos? ¡Cómo luchan, como se prenden en las realidades! Luchan contra el peso aplastante de la materia, la ferocidad del hombre para el hombre! Las miserias primordiales, que ya no conocemos—el hambre, la sed, los oscuros espantos frente a lo arbitrario o lo desconocido—, están inscritas en sus rudas facciones... ¡Esos hombres serán nuestros antepasados! Nos volverán a enseñar lo que debiéramos avergonzarnos de haber olvidado...»

Así se expresa Claudio, uno de los héroes de *La Cina*, al contemplar, como en sueños, el panorama grandioso de Argel. Y en esas palabras encontrareis ya la explicación de todo un aspecto del talento de Louis Bertrand. Empujado por el deseo de aventurarse en una vida más activa, más rica en acaecimientos, más temeraria y ardiente, puso los ojos en esa tierra de Africa, tan áspera como atractiva. Por el deseo de multiplicar su energía, o al menos de vivificarla con los grandes espectáculos de la lucha del hombre contra la naturaleza, saltó a esas tierras, vírgenes todavía.

Para comprenderle bien es preciso saber que Louis Bertrand no es natural de esos países de la luz. Es originario de Lorena, es decir, de una de las comarcas más lluviosas, más frías y más tristes de Francia. Llanuras con rebozo de bruma, sombríos horizontes o bosques profundos lavados por las lluvias copiosas, país rígido en verano y glacial en invierno.

Para un natural lorenés, el Mediterráneo y sus riberas debe representar algo como un edén, un país quimérico, un palacio de hadas, y a veces no dejará de soñar con tenderse allí suavemente y dormirse para no despertar nunca. Pero el natural lorenés de Louis Bertrand respira también fuerza, salud, apetencia de actividad. Lo violento y tumultuoso, lo resonante le atrae y le fascina; ciudades como Barcelona, como Marsella, prodigiosos hormigueros de hombres bajo el sol feroz, le rondan, le entusiasman. «En cualquier momento que se llegue, de día o de noche—dice de Barcelona—, al punto encandila la imaginación por su extraordinaria intensidad luminosa.» Las incandescencias de los globos eléctricos le transportan, como los rayos del sol. El esplendor le es necesario para olvidar la Lorena lluviosa.

De ahí su fogoso amor a los países radiantes y a la vez a los lugares donde se concentra la actividad humana; de ahí las epopeyas literarias—en prosa— que ha escrito maravillosamente.

Le sang des races es la epopeya de la Ruta africana, de la Ruta del Sur,

que se mete por los desiertos, atrayente, engañosa, al par que devoradora de todas las energías del hombre.

La Cina es la epopeya de la muchedumbre meridional, turbulenta, la muchedumbre enteramente nueva de esos países jóvenes, la muchedumbre niño, sin pensamiento ni discurso, dejándose llevar de grado por sus instintos.

Pépéte es la epopeya pintoresca del granuja latino, del mozo guapo, cuyo vasto pecho y cuya sangre bullente se disputan las admiradoras.

Le Rival de Don Juan es la epopeya del amor en el Sur de España, tórrido y sensual, que abrasa a cuantos se acercan.

Le jardin de la mort es una manera de epopeya descriptiva de toda Argelia, desde las costas hasta los arenales calcinados por un sol de fuego.

L'Invasion es la epopeya de los italianos, muriéndose de hambre y de miseria, que desembarcan por millares en las costas de Provenza.

En fin, *Les villes d'or* son también una epopeya descriptiva, la de las ciudades de la Argelia romana, de las que sólo quedan ruinas grandiosas, pero que el talento mágico del novelista acierta a evocar.

* * *

Tal es el primer aspecto de la fisonomía de Louis Bertrand. Ved ahora otro: este novelista no es solamente un admirador del esfuerzo humano, visto a la luz del sol mediterráneo, es un descriptivo de primer orden, que sabe trasladar en vastos frescos los cuadros que sus ojos perciben. La sucesión de sus obras no es más que una sucesión de grandes paisajes. Visiones del desierto, del mar azul, de la costa árida y abrupta de Africa, con la magia de las montañas nevadas en la lejanía. Visiones de grandes ciudades: Argel, toda blanca, destacándose sobre el implacable ultramar; Sevilla, rosada, con sus agujas, sus calles angostas, sus palacios, su silencio; Marsella, trepidante de trabajo y de energía, bajo un sol de plomo; Tímegad, Djemila, Cartago, ruinas majestuosas del pasado, tendidas en el oro tostado del desierto.

Todo ello visto de lejos, desde lo alto, en panorama: Sevilla, vista desde una torre, extendiendo su masa enorme por la llanura; Marsella, contemplada desde Notre-Dame de la Garde, ciudad monstruosa, agazapada en la costa, que mete en el mar sus malecones como brazos; Valencia, vista desde un balcón, de noche, recostándose en la luz irreal, como luz de teatro, y sus jardines en torno, «con el perfume de los jazmines y de las cabelleras femeninas, con los

LA PLUMA

efluvios aromáticos de las palmeras y de los naranjos y el relente calenturiento de los pantanos de las regiones húmedas»...

Tal es el pintor. No persigue tanto el rasgo pintoresco cogido al vuelo, el gesto traducido en el acto de percibirlo, no persigue tanto la manera del observador de costumbres como la del pintor de grandes frescos. Cuando escribe una novela acerca de España, lo que pretende hacer es una síntesis del país y del alma de los habitantes. Lo mismo cuando estudia el Oriente. Igual procedimiento cuando describe ciudades muertas y civilizaciones desvanecidas.

Los personajes que pone en escena son representativos también, por el mismo orden que los paisajes y los panoramas. En *Le Sang des Races*, Rafael, que recorre el camino de Laghouat todo el año, simboliza la raza nueva nacida en el crisol argelino de todas las fuerzas vivas del Mediterráneo. Pepete, el bien amado, no es un recuestador de mozas vulgar y sin escrúpulos: es el mancebo guapo, fuerte y artero del Mediodía, tipo de toda una raza, expresión de un país recalentado por el sol, de una vida desbordante y copiosa en demasía. En *L'Invasion*, Attilio, Cosmo, Emmanuel, son tipos italianos que sintetizan el esfuerzo de una raza.

La Galhego del *Rival de Don Juan* es una especie de tipo sobrehumano moviéndose en el escenario fascinador de Sevilla como la heroína de una función de hadas. «Bien plantada, como una estatua en su pedestal, se envolvió en los pliegues amplio del gran peinador de batista, y el torrente de encajes le caía en un chorro hasta los pies, donde se abría en dos cálices diáfanos semejantes a flores de loto invertidas.» Si danza, en ella danza toda la Mujer, si excita el deseo, expresa todo el Deseo, suscita la pasión, y su persona expresa la Pasión toda.

Ya se ve lo que es esa reconstitución de los países mediterráneos: una especie de fresco inmenso donde están pintados con pincelada larga y dramatizados, los gestos de los habitantes.

Una vida intensa se desprende de esos panoramas. La turbulenta algarabía de una ciudad como Barcelona o Marsella, el fragor de civilización de esos grandes puertos, el trabajo de los obreros, los traduce Louis Bertrand con una amplitud, una magnificencia y una exactitud verdaderamente admirables. Se ve la vida de esos hormigueros bajo el sol implacable, se escucha el estruendo que sube hasta los oídos del observador, percíbese el laborioso afán que no cesa de ensordecernos.

Pero no se crea que el arte de Louis Bertrand se detiene en la materia viva:

va más lejos, y con iguales dotes milagrosas de reconstitución acierta a evocar las civilizaciones muertas y las ciudades desvanecidas.

Tal es el esfuerzo último que ha hecho en la novela. Léase *Les Villes d'Or*, y se conocerá qué suerte de genio posee en ese orden. Las ciudades dormidas en las arenas doradas de Argelia y Túnez, Cartago, Suffétula, Thugga, Lambése, Djemila, Timegad, surgen en visión impresionante reconstituídas por él con tanta precisión como por un arquitecto. ¡Qué viaje, en su compañía, por la Numidia y la Mauritania antiguas! ¡Qué magia hasta los confines del desierto! ¡Qué cuadro, reconstituído con un fragmento de muro, un pedazo de un templo, un resto de arco de triunfo medio borrado por los siglos! ¡Y cómo acierta a evocar en torno de esas ruinas la atmósfera que las baña, y con qué arte sabe disponer los planos diversos de estos cuadros, pintados, una vez más, al fresco!

* * *

Digámoslo en pocas palabras: Louis Bertrand es uno de los grandes novelistas franceses de hoy. Ha resuelto el problema difícil de ser al mismo tiempo de un realismo extremado y de una armonía casi clásica. Es animado sin desorden, evoca las muchedumbres sin confusión y pinta personajes de alma complicada sin dar impresión de esfuerzo. Ha traducido armoniosamente formas varias de la belleza: belleza de la energía humana y de los países de la luz, belleza de la vida primitiva y de ciertos instintos. Posee el ritmo del trabajo y de la vida física como el de la vida moral, y traspone sus notaciones con seguridad y grandeza admirables. Es un novelista, es un artista.

JULES BERTAUT





LETRAS BELGAS

ANDRÉ BAILLON

DESDE el armisticio, Bélgica posee un novelista grande, muy grande. El suceso debiera haber conmovido a los círculos oficiales de nuestra literatura—o por mejor decir, a los círculos de nuestra literatura oficial—. Debieron haberlo subrayado tanto más cuanto que hemos carecido siempre de novelistas: nuestros escritores más grandes son poetas o ensayistas, y si poseemos algunos cuentistas folklóricos, no muchos, que no nos honran en demasía, jamás hemos tenido un novelista de verdad, grande. Eugène Demolder cultivó solamente la novela corta; Camille Lemonnier no fué más que un poeta mal encaminado, y Georges Eckoud no ha acertado a librarse del peligro del regionalismo.

Pero la Bélgica literaria sólo mira con ternura a los hombres cuya ambición no va más allá del cintajo de una condecoración o de un buen destino en un Ministerio, y les pide solamente que hagan el mayor ruido y las mayores jactancias posibles en torno de su historia. Además, el espíritu clerical que infecta al país desde hace cuarenta años paraliza nuestra actividad y lo divide en dos campos sin otro criterio que el de la moral utilitaria.

Todo esto explica por qué André Baillon ha tenido que irse expatriado a París y ha encontrado fuera el triunfo y las amistades que en Bélgica habría buscado en vano hasta el fin de sus días.

En la vida de André Baillon, el dolor y el heroísmo se mezclan; es un hombre que ha realizado la proeza, en este siglo de metódica cristalización burguesa, de conmover a cuantos se le acercan sólo con el espectáculo de su juventud.

Aunque apenas hace dos años que se dió a conocer en las letras, ya han pasado diez desde que rebasó «la mitad del camino de la vida». Su aspecto de poeta romántico, reseco por el hambre y las privaciones, le envejecé más hasta parecer de alguna generación más antigua que la nuestra. Ha vivido al día cuarenta años, con el hambre por compañera habitual y por horizonte lo desconocido. Se ha casado con una mujer que hubiese sido del gusto de Dostoievski —una prostituta que se conservó pura y digna de un artista. Se la llevó consigo, y asociando sus miserias las han soportado mejor. Vino la guerra, y el caso empeoró. Recluídos en Bruselas cincuenta y dos meses. Mendicidad, o poco menos. Después, llegado el armisticio, un empleíllo en un periódico: secretario nocturno; tenía que entrar en la oficina a las ocho de la noche y salir a las cuatro de la mañana. En ese oficio, y en el estado en que Baillon se hallaba al acabarse la guerra, se deja la piel en menos de un año. Comprendiéndolo así, lo abandonó. Acababa de publicar su primer libro, *Moi, quelque part*, que a todos nos dejó desconcertados. Unos amigos le llamaron a París. Fué allá, y hoy, en dos miserables aposentos de la isla de San Luis, busca qué comer dos veces al día escribiendo cuentos para los diarios, y busca sobre todo el vagar necesario para completar su obra personal de gran escritor. Acaba de publicar una nueva novela, *L'Histoire d'une Marie*, que rompe los cuadros literarios para mostrar la tremenda confesión de un hombre, con ánimo y fortaleza bastantes para mirar su alma cara a cara y enumerar en voz alta todas sus tachas, sus flaquezas, sus vicios.

Si admiro a André Baillon con fervor que no quiero disimular, si le tengo por uno de los escritores más grandes de nuestra generación, es precisamente por haber cortado los puentes con la literatura, porque ha roto todos los ataderos y ha acertado a situar sus obras en el plano mismo del dolor. Me placen los libros escritos a tientas, en que un hombre va descubriendo su alma y su corazón, y en la turba que le rodea va descubriendo la sinceridad y el amor. Temo las psicologías mundanas y las tesis sociales, y la novela que, con tono doctoral y de «buena educación», me trae luces demasiado claras y dogmas rancios, me es antipática.

En Baillon no hay nada de eso. Y pues es necesario, para contentar el espíritu crítico, comparar y aproximar, diré que en él encuentro la sangre y la médula de un Charles-Louis Philippe, de un Jules Renard, de un Charles Vildrac, y también de un Antón Chejov—en fin, de todos los que han acertado a encontrar en la simplicidad de la vida un manantial de nobleza y de belleza. No es

LA PLUMA

cuestión de asuntos, créanme. Si no, evocaría los nombres de Maupassant y de Huysmans. Pero sería traición a mi pensamiento, porque esa aproximación vana recluiría otra vez en el redil de la «literatura»—en el sentido peor de la palabra—al hombre que, con su obra, quiero sacar de allí. Al contrario, André Baillon, con un rostro (ya lo he dicho), de romántico, como el de Gerard de Nerval, destruye las persistencias románticas que envenenan todavía el arte de escribir, y, entre otros, los libros de Maupassant y de Huysmans. En lo que dice o quiere decir no hay esfuerzo ni preocupación de escuela. Baillon ha recuperado, porque vive intensamente, las virtudes de eternidad que enriquecen sus libros.

André Baillon no tiene más asunto que su propia vida y sus sensaciones propias. La memoria le sirve de imaginación, y es fiel como unos ojos que siguieran las evoluciones y las peripecias todas de un suceso. *Moi, quelque part* es el relato de una estada en el campo, donde residió algunos meses, poco antes de la guerra, en una choza perdida en la Campine, la región más pobre y hosca de Bélgica, en la raya de Holanda. *L'Histoire d'une Marie* es la existencia de la mujer que encontró en una casa de mal vivir y a quien hizo su mujer del modo más sencillo y, diría, más noble del mundo. El propio Baillon aparece hacia la mitad del libro. Y se trata sin miramientos, con igual minuciosidad, sin clamores ni confesiones histéricas, que pone en defender ante la sociedad humana, a María la prostituta, simplemente con el relato de sus sufrimientos.

He dicho que al publicarse en una colección local—donde fué difícil de encontrar casi desde el primer día—*Moi, quelque part* suscitó admiración. El libro seducía al punto, porque, con mostrar la fisiología de una comarca y de sus habitantes, se liberaba del regionalismo. Obra sencilla, cabal, humana, arrebatada la amistad de los lectores y los obligaba a desechar todas sus prevenciones. Se ha dicho que la prueba de maestría de un escritor consiste en hacer un libro sin introducir el resorte del amor. André Baillon logró más: escribía una novela sin emplear el resorte de un asunto. Notas, observaciones, reflexiones, y de vez en cuando una anécdota, contada muy sencillamente, que dura seis páginas: ahora se trata de comprar un perro, ahora de la salida para vender huevos en el mercado. Y eso es todo.

Es todo, y con ello hace una obra de una abundancia, de un jugo, de una elocuencia incomparables. Camille Lemonnier habría hecho veinte libros con las ideas, los cuadros, las situaciones, los dramas, los actores que desfilan por esa reducida colección. Y para muchos otros escritores hubiese sido igual, pues si

tomo por ejemplo a Lemonnier no es porque le profese admiración particular, sino porque vivió la vida de las regiones belgas y les consagró muchos libros y conquistó muy honrosa reputación.

Todo Lemonnier está en *Moi, quelque part*. Y lo que duplica su valor, elevándolo hasta ser precioso, es el arte consumado de condensación, la sobriedad verbal que no excluye el lirismo y la cautivante atención que acierta a escoger y sintetizar en un rostro cualquiera los rasgos de humanidad. El chapurrado de humor y de amargura que hay en cada página se anima con expresiones pintorescas e inesperadas, con imágenes que, para herir con más fuerza, se atreven a ser rabelesianas. *Moi, quelque part* es la vida de un lugar *campinois* analizada en sus manifestaciones más típicas. Pero al mismo tiempo es la vida de todas las poblaciones rurales, de todas las aldeas apartadas, de todas las persistencias provincianas; y es también, por un largo capítulo sobre una abadía de monjes, un estudio casi doloroso, a fuerza de ser implacable, de la psicología del renunciamiento.

Tal psicología del renunciamiento se halla de nuevo en *L'Histoire d'une Marie*, donde se entrecruzan las alucinaciones como los hilos de una red. Cuando hace un mes se publicó (en París, ed. Rieder) esa novela admirable, hubo en torno de ella un remolino de entusiasmo y de decepciones. En general, se abordaba el libro con el deseo inconfesado, pero firme, de encontrar, dentro de las lindes de nuestro asentimiento y de nuestro conocimiento, al Baillon *campinois* y a María la hortelana que *Moi, quelque part* nos enseñó a amar. De suerte que, la primera lectura, era un chasco.

L'Histoire d'une Marie es un libro doloroso. No digo triste porque el tema me importa poco, y cuando abro un libro no ambiciono reír ni llorar. Pero es doloroso. En el curso de ciertas páginas reaparecen las grandes impresiones que Charles-Louis Philippe despertó antaño por primera vez y que Dostoievski ha multiplicado después. Doloroso porque es humano hasta la negación de la mentira y del artificio—es decir, sin componendas.

Una novela: esta palabra me subleva cuando pretende designar un libro de dolor y desesperación verdaderos, un libro tan poco imaginado, tan poco «fabricado» y tan cruel como éste. Una novela, desde Paul Bourget, es una aventura por la que pasan al menos dos condesas y cuatro automóviles, o bien una bailarina de la Ópera y un fraile inteligente. En vano se busca todo eso en la narración de Baillon.

Charles Vildrac ha prologado *L'Histoire d'une Marie* en forma poco feliz

LA PLUMA

acaso. Dice, entre otras cosas, que el libro es una obra de grandes alientos, «construída y conducida con amor». Yo no creo que el libro haya sido «construído»; estoy, incluso, muy convencido de lo contrario. «Construído» quiere decir maquinado, arreglado como un aparato de relojería, donde una rueda mueve la contigua y un peso, al caer, tira de un resorte. Nada de esto hay en *L'Histoire d'une Marie*. Baillon ha seguido la curva de una vida sin preocuparse de equilibrar los capítulos, de sostener el interés o de encadenar los episodios. Y si por milagro ha resuelto todos esos problemas, más que resultado de su talento de escritor es conclusión de su amor. Tampoco, por igual razón, puedo aceptar que el relato sea «conducido» por el autor, pues veo claramente que el autor va conducido por el relato.

El genio de Baillon estriba en haber sabido alzarse sobre el plano mismo del drama que cuenta y en no haberlo traicionado poniéndolo en frases y en palabras. No es que revele un «conocimiento profundo de la naturaleza humana», sino un respeto profundo y una perspicacia rara. Por eso Vildrac ha podido escribir—y en esto comulgo completamente con él—que «Baillon no necesita largos comentarios ni rodeos psicológicos para explicar la acción», y que todo su poder reside en la manera, tierna o maliciosa, que tiene de presentarla.

Evidentemente, una disciplina tal, si puede decirse así, lleva aparejada una libertad absoluta, casi amenazadora, frente a las restricciones que la moral burguesa pretende oponer a la franqueza de algunos hombres. Y André Baillon, que huye de la pornografía de las descripciones y de las anécdotas picantes, no oculta nada de los sentimientos que animan a sus personajes y no mitiga ninguna confesión. De esa manera refuta la moral corriente, como la vida la refuta a cada momento.

Mi amigo Charles Vildrac parece preocuparse mucho por explicar esa independencia y por excusar a Baillon ante los ojos de quienes pudieran escandalizarse, cubriendo todas las aventuras de María con el velo de la simplicidad y de la verdad. Trae a cuento el dicho de San Pablo: «Todo es puro para los puros», alegando así circunstancias atenuantes. Lo deploro. A la cabeza de un libro tan exento de toda convención, de un libro tan orgulloso, diría yo, y tan humano, no habría debido responder siquiera al espanto de los beatos. ¿Por ventura no tiene Baillon a la mano una respuesta, si algún día le reprochan algo? Podrá decir: «Esa vida de María la habéis permitido y no permitís que se cuente; es una consecuencia de vuestra hipocresía y de la organización de vues-

tra sociedad; la tenéis ante los ojos, bermeja de sangre, con el tumulto de sus padecimientos de ayer y la angustia del mañana, pero no queréis conocerla ni saber nada de su apuro.»

Por lo demás, *L'Histoire d'une Marie* ni es una requisitoria ni un alegato, no admite que alguno de los dos partidos sociales se la anexionen. Ya lo he dicho, empleando a drede el vocablo: es un relato sin brumas, sin choques, sin medias palabras. María «recibe de la vida lo bueno y lo malo, sin contraerse más que una planta bañada de sol o azotada por el granizo. Es feliz o desgraciada sin grandes gestos. Lo trágico no la disturba, y parece que su aceptación robusta desarma un poco al dolor».

Hallamos aquí la imparcialidad soberana, galardón de todos los artistas grandes, que imprime su sello en todas las grandes obras. Baillon, que se ha puesto a medias en el libro, o mejor, que está medio enterrado en él, sabe representar su papel juzgándose sin flaqueza y sin ilusiones y abdicando ante los hechos que enumera la omnipotencia del novelista para revisar el corazón del hombre a compás de la lógica y de la teoría.

Por eso, con *L'Histoire d'une Marie*, libro implacable y sombrío, Baillon acaba de colocarse entre los más grandes. Afirmando que no me cebo de ilusiones y que no me intoxica el hecho de que el autor y yo seamos electores en un mismo país. Pero es que busco en vano diez nombres de literatos franceses que hayan acertado a poner tanta ironía dolorosa y tanta humanidad verdadera en libros de prosa.

Deseo, además, que una edición española próxima permita a la masa de los lectores apreciar la grandeza y el heroísmo de André Baillon. Me someto a su juicio respecto del libro y de mi crítica.

Y, por lo demás, si tuviese yo algún miedo de engañarme, la indiferencia y la hostilidad de la Bélgica literaria frente a esos libros y este autor ya serían para mí prenda segura de su genio.

PAUL COLIN





LIBROS Y REVISTAS

Victor Catalá.—*La Madre Ballena.*—Traducción del catalán por Rafael Marquina.—Ediciones de LA PLUMA. Madrid, 1921.

El entusiasta prologuista y traductor veracísimo de *La Madre Ballena*, señala tan acertadamente, a nuestro juicio, las cualidades características de Víctor Catalá, culminantes en el libro que ahora publicamos en castellano a poco de su primera edición catalana, que con referir al lector a esas páginas liminares cumpliríamos nuestra misión informativa mejor que intentando apuntar ninguna nueva exégesis. En efecto: el arte de Víctor Catalá ha salvado, infundiéndole la dignidad sustancial que le faltaba en su amaneramiento anterior, el género *ruralista*, digámoslo así, empleando el mismo vocablo de Rafael Marquina. Ha sustituido el falso candor, la ingenuidad ñoña o la tosquedad que pretendía representar la fuerza campesina en tantos escenarios pintorescos imitados *del natural*, con la conciencia popular que anima los verdaderos dramas rurales. ¿Es que las pasiones humanas no son universales en su esencia? La envidia, la tentación, el amor y el interés, la astucia y el espectáculo de la muerte, en fin, que todo lo corona, se darán, pues, lo mismo en una que otra clase de la sociedad, allí donde dos niños o dos hombres se disputen la gloria del triunfo. ¿Lo mismo? Ciertamente no. Y aquí del valor con que se revelan con una precisión, una nitidez, una claridad trágicas, fatales, irremediables, los instintos que la convivencia encubre, disimula y templea en la vida ciudadana, pero que estallan con realidad aterradora en las almas inequívocas de estos payeses de Víctor Catalá.

¿Cuánto no se ha hablado de un arte mediterráneo? Aun a trueque de entrar en el número de sus descubridores diarios, estos cuentos de la mejor novelista española—si es lícito saludar con tal dictado a quien implícitamente renuncia con tan varonil pseudónimo a toda veleidad *feminista*—, denotan, una vez más, el innegable parentesco literario de su autor con los más preclaros cultivadores del género en Italia. Giovanni Verga, creador de una *Cavallería rusticana*, Salvatore Di Giacomo, animador de tantas *Novelle napolitane*, Victor

Catalá, implacable plasmador de *La Madre Ballena*, no son tal vez sino dispersos ecos de una misma voz, cuya versión circunstancial a la literatura se traduce en páginas universales inspiradas de un intenso sentimiento local.

C. R. C.

* * *

Luis Fernández Adarvín: *El hijo*.—Ediciones de LA PLUMA.—Madrid, 1921.

Si tuviéramos que clasificar estrictamente la obra poética de Adarvín, de que es excelente muestra la colección de cuentos reunidos ahora por nosotros, antes que valernos de ninguna distinción crítica, en el sentido, si no más profesional, histórico, de la palabra, preferiríamos remitir nuestro juicio a la vaga acepción popular, según la cual, *romanticismo* significa muchas cosas discernidas en puridad por clásicas, que tienen un sentido difícil de esclarecer en la brevedad de una nota marginal, pero que luego suscita en el lector de novelas una disposición de ánimo adecuada a la que Adarvín precipita después con «El Hijo», «Las Madres», «El Místico hace vida nueva», «La madamina y el caballero», etc.

Así, pues, si el tondo, ya *romántico* de suyo, sobre que se destacan los protagonistas de sus cuentos, ciudades viejas, casonas lúgubres, parques estilizados, evocaciones pictóricas del tiempo pasado, o contrastes morbosos de la feria ciudadana en su aspecto más de suburbio, favorece el interés legendario de la narración, Adarvín se complace en ahilar, espiritualizar, consumir las figuras por él creadas en la llama propia de una pasión en que el poeta parece quemarse con sus criaturas. De suerte que les presta una calidad íntima que su ánimo comparte, mientras que por engrandecerlas más a nuestros ojos las diluye en una atmósfera de lejanía que las hace casi impalpables y hasta descubre a veces, tan fuerte es el claro de luna teatral que las alumbra, el hilo de los sueños en que divagan más que viven.

Poeta y dramaturgo, Adarvín cuentista no se sustrae, deliberadamente, a esa confusión expresiva con que ganan nuestro interés las tribulaciones de Don Fernando Alonso Montemayor, Marta y Sacramento, «don Jesús el romántico», Doña Teresina y su Abelardo, el mísero Juan Martín, la avisadísima Marcela, cuya fábula tiñe de rosa las sombras del libro, la enamorada Gloria, Amparo e Ignacio. Y el exceso, el amaneramiento recalcado con gracia, la sintaxis alambicada muestran una vez más la preferencia del autor por todos aquellos recursos que desde el momento que a él le sirven para caracterizar los elementos de que se vale y conseguir la emoción con que el lector se entrega, los justifica y avalora. En esta serie primera de nuestras ediciones correspóndele a Adarvín digno lugar de romántico novecentista.

C. R. C.

* * *

A. Hernández Catá. — *La voluntad de Dios*. — Novelas. — Alejandro Pueyo, Ed.—MCMXXI.

El uso de los prólogos en que el autor declara desde luego su intención al escribir el libro a que anteceden, ahorra al crítico gran parte de su trabajo en-

LA PLUMA

caminado no tanto a juzgar de la bondad o demérito de las obras consideradas con riguroso criterio preceptivo, cuanto a ilustrar su sentido y preparar el ánimo del lector, no siempre benévolo, antes bien, predisposto por lo general a exigir, más que la novedad, el mismo deleite obtenido anteriormente con otra lectura de su gusto. Esto explica las modas literarias y la dificultad con que se imponen tantas obras maestras a la estimación pública, ganada luego para otras muchas harto mediocres, no bien la originalidad de aquéllas se convierte en el lugar común asequible, en fuerza de repetido, a los lectores más retardatarios. Atentos los escritores al logro de esa compenetración con el público, que constituye el éxito, especialmente de los novelistas, dramaturgos y en general de los cultivadores de la literatura propiamente imaginativa, suelen las más veces andar tanteando las preferencias de los lectores hasta coincidir con ese gusto a que ajustar el patrón idéntico para su producción sucesiva. Pocos son los que, como el Sr. Hernández Catá, buscan al par que la satisfacción del vulgo anónimo, y por encima de ella, la satisfacción propia de vencer nueva dificultad, o cuando menos la de proponérselo, en cada nueva novela publicada, en cada nueva comedia dada al teatro.

En el prólogo de *La voluntad de Dios*—ciega fatalidad—manifiesta claramente los motivos de su inspiración al escribir las tres novelas que componen el volumen, unidas por un nudo gordiano, insoluble en todas tres: el odio. El espectáculo de la guerra no ha sugerido al Sr. Hernández Catá la visión apocalíptica de los campos de batalla, ni la contemplación en abstracto de la lucha considerada a distancia, sin dolor; sino que ha suscitado en su ánimo la emoción, humana por excelencia, de la guerra desatada en el corazón de los hombres. Urdida la intriga novelesca de las tres narraciones sobre un fondo característico del ambiente atormentado de estos últimos años, más que a la anotación pintoresca atiende el novelista a la conciencia de sus personajes, subvertida o más bien suscitada en toda su perversa desnudez por el aliento devastador de la guerra.

De propósito ha evitado el Sr. Hernández Catá todo amoroso idilio que pudiera aliviar la hostilidad mutua con que se producen los hombres y las mujeres creados por él del propio barro de que están hechos los de carne y hueso. Ha querido en esta ocasión más que distraer simplemente al lector, reducir a una conclusión pesimista su concepto de la guerra, obtenido quizás forzando un tanto el natural, mas nunca la verosimilitud artística, y en todo caso, si excesivamente recargado de circunstancias agravantes, no sino por mejor lograr la intención capital, la razón filosófica que el autor se propuso.

Ni se crea por eso que olvidando los términos propios de la novela, *La voluntad de Dios* es otra cosa. El Sr. Hernández Catá se ha mantenido, no obstante el prejuicio inicial de la obra, dentro de los límites del novelista. Lo que constituye, sin duda, el mayor precio de su obra.

C. R. C.

* * *

Marcel Proust.—*Por el camino de Swann.*—Trad. de Pedro Salinas.—Calpe. Madrid-Barcelona, 1920. Dos vols.

La concesión del premio Goncourt a una novela de Marcel Proust suscitó antaño en París un pequeño escándalo de los muchos que, sin trascender gran cosa de los círculos literarios, justifican la vitalidad de unas costumbres tan ajenas a las nuestras, desentendidas en absoluto del comercio de las letras en ese aspecto tan característico del ambiente parisién. No es de creer, por lo tanto, que la traducción al español de *Por el camino de Swann*, con que se inicia la serie en publicación, culminante en la laureada—*A l'ombre des jeunes filles en fleur*—pueda influir perniciosamente sobre nuestra literatura en ciernes, con el señuelo de la moda, falaz casi siempre, a que debe su boga la de Marcel Proust. Sólo la avidez con que los lectores demandan novedades, que no bastan a colmar sin duda los productores nacionales y los mejores extranjeros, explica la diligencia con que la editorial *Calpe* se ha apresurado a ofrecernos, en una versión fidelísima, *Por el camino de Swann*, novela que no merecería tampoco especial mención denigratoria, a no constituir, a nuestro entender, el tipo de una *manera* de escribir y de concebir, si ya degenerada en el modelo, fácil de imitar en sus peores defectos y deplorabilísima en sus consecuencias.

El narrador autobiógrafo de estas latas historias de Marcel Proust emplea cerca de 400 páginas refiriendo al lector con psicológica perspicacia, no exenta de atractivo e interés en muchas de ellas, las menudas incidencias cuyas relaciones más lejanas, y aun arbitrarias o superfluas las más veces, componen la vida, según él mira atentamente en una dirección al salir de su casa—camino de la del señor Swann—o en la dirección opuesta—por el lado de los Guermandes, nombres familiares a los cuales van adscritos los recuerdos que determinan en la imaginación del novelista los fondos inseparables de las personas que en ellos se mueven con una fatalidad minuciosa, que no siempre se le hace tan evidente al lector.

Literatura, en fin, ésta de Marcel Proust muy asequible a ese público pseudo-intelectual, más aficionado a comprobar la exquisitez de sus sentimientos y opiniones en el cúmulo de nonadas en torno a las cuales busca el novelista *tres pies al gato*, que a gustar la patética verdad de la obra de arte por excelencia. Literatura pseudo-lírica, pseudo-filosófico-humorista, pseudo-artística, en fin, para esteticistas hechos de pronto.

La labor llevada a cabo por Pedro Salinas revela una depuración tan afinada, un dominio tal de los recursos del idioma a que traduce, una percepción tan aguda de las sutilezas en que va, difícil cuanto trabajosamente, ensartada la trama novelesca, toda interior y de diminuto mosaico, que ya se nos tarda ver empleadas tales facultades poéticas en obra original, sin tacha de *proustismo*, valga por *chinería* literaria.

C. R. C.

* * *

César Falcón.—*Plantel de inválidos.*—Novelas.—Editorial Pueyo. Madrid.

No falta quien, a cuenta de un hispanoamericanismo sin eficacia fuera de las conmemoraciones oficiales de la independencia de las repúblicas transat-

LA PLUMA

lánticas, pretende negar una personalidad característica y perfectamente definida a la literatura americana. Ni quien ve en tal distinción necesaria, más que el reconocimiento de esa personalidad, una especie de *colonismo*. Ante un libro como *Plantel de inválidos*, editado en España por un joven escritor peruano, no podemos menos de afirmar de nuevo con gusto, nuestra preferencia por tal literatura, que si busca la emoción universal, con la expresión de sentimientos accesibles a toda clase de lectores, por muy lejos que vivan, e ignorantes, del *paisaje* natural en que se inspira, no se pierde en meras abstracciones sin evidencia, sino que adscrita a una realidad exótica para nuestra visión limitada, busca no la relación pintoresca de ambientes desconocidos que por sernos ajenos susciten nuestra atención, mas la trascendencia puramente humana por la que han de sernos simpáticos los personajes de ficción sacados de esa realidad. No hay, a la verdad, en ninguna de las cinco novelas que el Sr. Falcón nos ofrece en este volumen, ninguna intriga extraordinaria que suspendiéndonos el juicio nos arrebate en alas de su fantasía, ni sentimos un *estremecimiento nuevo* con su lectura. Es más, alguna de ellas: *Mi hermana Jacoba*, por ejemplo, nos recuerda con más precisión que las anteriores una emoción en cierto modo semejante a la experimentada con otras lecturas, en este caso, *Mi hermana Antonia*, de Valle-Inclán. Nada, sin embargo, denota el plagio, tras de cuyo rastro suelen andar tantos críticos afanosos de promover un escándalo fácil. Lo que trae a nuestra memoria el modelo citado no es tanto una semejanza ni coincidencia de trama novelesca, ni menos de *escenario*, como las afinidades nacidas de una misma manera exaltadora de contemplar la vida. Referidos los temas sentimentales de que se nutren las fábulas de estas novelas a modalidades y aspectos del Perú contemporáneo, el fanatismo ancestral, la inadaptación y el fracaso de una juventud turbulenta, la envidia fraternal, el contraste grotesco de la gloria perecedera y la mentira de una progenie falsa, adquieren una viveza, un dramatismo que la sobriedad, la violencia de un estilo rápido y crudo nos presentan con relieve propio. Especialmente «Sergio Toral» suscita un interés apasionado, de la misma calidad emotiva que los cuentos rusos, cuya influencia se señala en todas las literaturas occidentales con un reverdecimiento del ánimo angustioso palpitante en el romanticismo de un siglo ha.

C. R. C.

* * *

Enrique Barbusse.—*El Resplandor en el Abismo.*—Traducción y estudio preliminar de Quintiliano Saldaña.—Rafael Caro Raggio, Editor. Madrid.

Con la novela de Barbusse *Le feu*, indecorosamente vertida al español con el título de *El fuego en las trincheras*, se inicia en la literatura francesa de la guerra última la reacción en pro de la paz, hasta 1917 oculta todavía bajo el sentimiento patriótico de unos combatientes y la ilusión justiciera porque habían empuñado las armas los internacionalistas. El éxito enorme de *Le feu*, agrupó en torno de su autor la protesta revolucionaria de los desengañados de la victoria. La revolución rusa y la resistencia contra ella de las naciones vencedoras, acabó de suscitar la adhesión sentimental a los proletarios moscovitas

de muchos intelectuales, ávidos de hallar en la conciencia popular un eco de sus íntimos afanes de libertad. Y así se constituyó en París el grupo «Claridad», *Liga de Solidaridad Intelectual para el Triunfo de la Causa Internacional* —en cuyo Comité central figura Blasco Ibáñez en nombre de España—, subdivisible en tantas organizaciones nacionales como haga menester la propaganda en los diferentes países, con el lema general de «la Revolución en los espíritus», fuera de los cuadros políticos de los partidos socialistas, si bien dentro del socialismo como doctrina, y de la Tercera Internacional como disciplina inmediata.

El Resplandor en el Abismo es un llamamiento a todos los hombres de buena voluntad para edificar sobre las ruinas del mundo, cuyo fin tocamos, y asentado en la razón humana, el reino de la justicia social.

El Sr. Saldaña ha traducido las cálidas páginas de Barbusse en un estilo vibrante, precediéndolas de un estudio esquemático sobre «La vida social en España», hija, a su entender, en el dualismo que actualmente divide tanto al mundo obrero como al mundo intelectual, de la primitiva oposición histórica entre celtas e iberos nómadas y sedentarios, proletarios y burgueses.

«Ahogadas durante siglos—añade—bajo el peso dominador de la doble civilización propietaria, romanaogermana, las remotas instituciones colectivistas resurgen como escritura primitiva del gran palimpsesto de la raza.»

Nosotros, que desde el primer momento nos adherimos al grupo «Clarté» de París, cuando aún no estaba constituida la sección española, nos congratulamos muy sinceramente de la revolución operada en algunos espíritus, como el Sr. Saldaña, adscritos pocos años hace a la ideología de la *germanofilia* española y del *maurismo de cátedra*.

C. R. C.

* * *

Antonio Battistella.—*La Repubblica di Venezia ne'suoi undici secoli di storia.*—Con prefazione di Antonio Fradeletto.—Venezia. Tip. Carlos Terrari. XDCCCXXI.

Para celebrar la inauguración del *campanile* de San Marcos resurgido de su ruina, el 25 de abril de 1912, tres importantes Asociaciones industriales de Venecia, y en su nombre un veneciano ilustre, Guiseppe Volpi, ofrecieron a la ciudad la historia de sus fastos, que hoy, redactada con noble entonación y digna sencillez al alcance, no ya del versado en estudios eruditos, mas del profano atento a toda obra bella, nos ofrece el Municipio de Venecia, en espléndido volumen.

«Ningún otro pueblo, después del romano, ha dejado tan profunda huella de la civilización propia, memoria tan viva de su sabiduría política, ni ha contribuido más a difundir en los países adriáticos y en las playas todas de Levante, las virtudes asimiladoras y educadoras de la gente latina», dice el historiador de la República insigne.

El cual no ha querido tan sólo narrar con acento elegiaco las pasadas glorias, sino deducir de su virtud el germen espiritual aportado a la consecución

LA PLUMA

de la gran patria italiana. Muy acertadamente señala a este intento el prologo la continuidad tradicional que significan en la participación de Italia en la guerra los resultados obtenidos de acuerdo con las miras seculares de la República de Venecia: dominación del Adriático, reducción de la política de la Casa de Austria y afianzamiento en tierra firme de los confines orientales. Política derivada de la fatalidad histórica, inspirada en el sentimiento verdaderamente artístico de los destinos propios, dictados a la conducta ejemplar de un pueblo excelso por esa compenetración armónica del ideal y la realidad de que clásicamente se sustenta a través de los tiempos la grandeza de Italia.

* * *

C. R. C.

L'Art Libre.—La revista bruselesa *L'Art Libre*, que dirige nuestro colaborador Paul Colin, viene publicando *El viaje a París*, de René Schickele (observaciones en el mundo intelectual y moral parisino después del armisticio). El capítulo III, que aparece en el número de septiembre, está dedicado a León Werth. Tras de describir, valiéndose de sus obras, el estado de espíritu con que los radicales franceses vistieron el uniforme, y de rehacer la historia de la decepción de cuantos se acogieron al lema de la «guerra contra la guerra» Schickele establece naturalmente un paralelo entre las conclusiones a que llega Werth y las de H. Barbusse: «Leon Werth estaba ya harto adelantado en su desarrollo intelectual y político; hubiera podido hallar el lado heroico del heroísmo y de la sujeción. Mientras que Barbusse, solamente en el transcurso de la guerra descubrió el socialismo. Antes, no le había concedido más importancia que la necesaria para hablar de él en un café del boulevard. Werth, criado en el socialismo, llevaba, cuando fué a ser soldado, conocimientos políticos que Barbusse no empezó a asimilar hasta después de la guerra. Cuando Werth, desembarazado hacía tiempo del lastre de las teorías, abandonó la camaradería con la muchedumbre para lanzarse al terreno del anarquismo individualista, Barbusse abordaba precisamente el pacifismo. Por la diferencia de condiciones, lo que representaba para Werth el hundimiento de la democracia social, Barbusse lo consideraba como advenimiento del socialismo. Mientras Barbusse veía la quiebra de los burgueses de la Tercera República, Werth afirmaba: «El hombre más simple y el más fuerte, proletario, el ser humano, ha dado en quiebra, sin más ni más...» Que la guerra nacional—añade Schickele—vaya seguida de la guerra de clases, que Trotzky reemplace a Joffre, la guerra sigue siendo la misma, es decir, el suicidio de la masa. Lo mismo que no hay guerra justa o injusta, guerra defensiva u ofensiva, tampoco hay guerra capitalista o socialista: no hay más que la guerra, una e indivisible...»

En el mismo número, una información sobre el Teatro en Rusia soviética, y artículos y crónicas de Colin, Bazalgette, etc.

* * *

Índice.—Hemos recibido el primer número de esta revista, muy bien presentada, que trae, entre otras firmas, las de Azorín, Juan Ramón Jiménez, Díez-Canedo, Ortega, Reyes, Salazar... Nos felicitamos de la aparición del colega, deseándole tantos aciertos y prosperidades como quisiéramos para nosotros.

Libros recibidos.—H. G. Wells: *El salvamento de la civilización*, Calpe, 1921.—Schnitzler: *Anatol*; Francisco Jammes: *Rosario al sol*; Scipion Sighele: *La mujer y el amor*; Eugenio d'Ors: *Oceanografía del tedio*, Colección contemporánea, Calpe.—Luis y Agustín Millares: *Doña Juana* (cuentos viejos), Las Palmas, 1921.—F. Gil Mariscal: *Girones*, Madrid, 1921.—Luis López de Mesa: *Orientación Ideológica*, García Monje, San José de Costa Rica, 1921.—*Un capítulo de Sismondi*, ídem íd.—Armando Zegrí: *Minerva la de glaucos ojos*. Editorial Urania, Santiago de Chile, MCMXXI.

* * *

Revistas.—*Mercur de France*, París.—*Le Progres civique*, París.—*La Connaissance*, París.—*La Revue de l'Époque*, París.—*Vida Nuestra*, Buenos Aires.—*Athenaeum*, Zaragoza.—*Repertorio Americano*, San José de Costa Rica.—*Le Crapouillot*, París.—*Belles-Lettres*, París.—*Cultura Venezolana*, Caracas.—*Die Aktion*, Berlín.—*Pegaso*, Montevideo.—*Cuba Contemporánea*, La Habana.—*Babel*, Buenos Aires.—*Poesía ed Arte*, Ferrara.—*España y América*, Cádiz.—*Hermes*, Bilbao.—*L' Art Libre*, Bruselas.—*Ça Ira*, Amberes.—*La Ronda*, Roma.—*La Nouvelle Revue française*, París.—*Índice*, Madrid.

TOMÁS MORALES



os conocimos hace doce o catorce años en aquellas reuniones pintorescas en casa del poeta Villaespesa, centro de tantos ocios juveniles de la que llaman vida literaria. Tomás Morales era fuerte, recio, y aunque las proporciones de su figura y sus rasgos fisonómicos denotaban ese gigantismo larvado que suele caracterizar al isleño canario, templábase su continente de aquella expansión cordial que con el suave acento nativo le hacía tan simpático desde luego y tan amigo después. Había venido a Madrid a estudiar Medicina. Una tarde nos sorprendió recitándonos unos versos:

«.....
 Hombres de ojos azules y de fuerzas titánicas
 que arriban de países donde no luce el sol,
 acaso de las nieblas de las islas británicas
 o de las cenicientas radas de Nueva York.
»

LA PLUMA

Erguido, la cabeza un poco echada hacia atrás, entornados los ojos para concentrar la memoria, arrastrando la cadencia en el eco de la propia voz, con virtuosismo teatral, se complacía en su canto y en el entusiasmo amistoso con que le escuchábamos los demás. Los *Poemas del Amor, de la Gloria y del Mar* dieronle rápido nombre, y en su patria chica la popularidad, consagrada poco ha en un bronce conmemorativo de su efigie.

No nos volvimos a ver. Retirado él a su tierra canaria, el azar me alejó de Madrid cuando dos años hace volvió Tomás Morales con otro libro, *Las Rosas de Hércules*, donde ya se definen, maduras, las excelentes facultades del lírico que vimos nacer cantando al Atlántico. La pompa, la sonoridad, el gigantismo poético cuya expresión le seducía como una necesidad física, cobraban en sus versos una emoción cálida, unida siempre en mi recuerdo al de la voz con que le oí recitar los primeros.

Cuando no hace mucho algunos amigos comunes me dieron las malas noticias de su enfermedad, que ya presagiaban la muerte que hoy nos lo arrebató, mi ánimo se resistía a creerlas, no ya por esa defensa inconsciente que la sinrazón suele oponer a la fatalidad, más porque en mi memoria Tomás Morales rebosaba esa salud de su poesía, aquella salud de su amistad efusiva que le dictó en la muerte de Fernando Fortún, mi compañero, una canción triste y serena, hija del mismo sentimiento puro con que ahora me consuelo, encomendándolos a los dos a cuantos amigos guarden de los días en que vagamos juntos la misma emoción tierna.

C. RIVAS CHERIF

